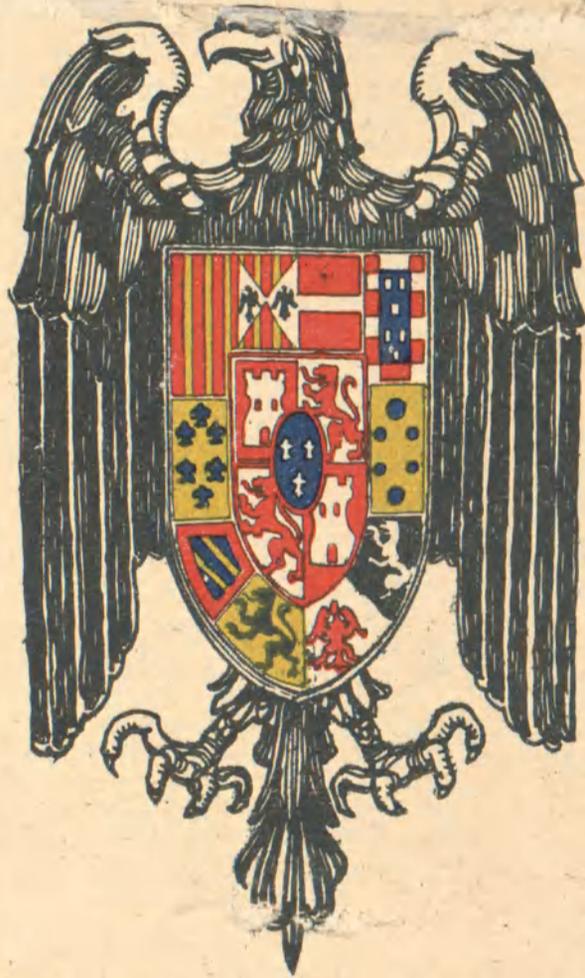


VOLUNTAD

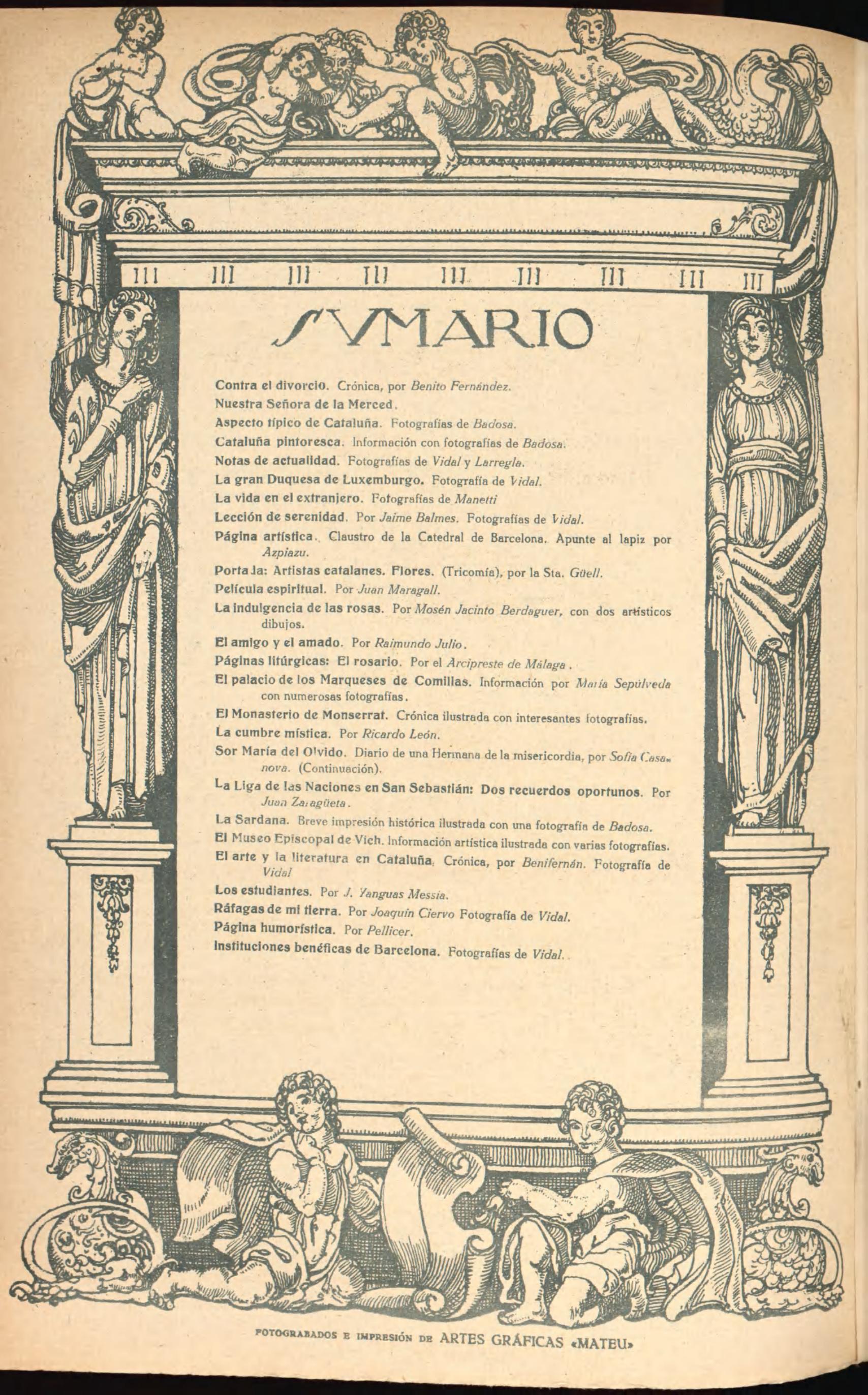


• NUMERO XXII •

MADRID · 1º DE OCTUBRE · DE · 1920

· DIRECCION ·
COLMELA Nº 8

PRECIO DE NUMº
DOS PESETAS



SUMARIO

- Contra el divorcio. Crónica, por *Benito Fernández*.
Nuestra Señora de la Merced.
Aspecto típico de Cataluña. Fotografías de *Badosa*.
Cataluña pintoresca. Información con fotografías de *Badosa*.
Notas de actualidad. Fotografías de *Vidal y Larregla*.
La gran Duquesa de Luxemburgo. Fotografía de *Vidal*.
La vida en el extranjero. Fotografías de *Manetti*.
Lección de serenidad. Por *Jaime Balmes*. Fotografías de *Vidal*.
Página artística. Claustro de la Catedral de Barcelona. Apunte al lápiz por *Azpiazu*.
Porta Ja: Artistas catalanes. Flores. (Tricomía), por la Sta. *Gitell*.
Película espiritual. Por *Juan Maragall*.
La indulgencia de las rosas. Por *Mosén Jacinto Berdaguer*, con dos artísticos dibujos.
El amigo y el amado. Por *Raimundo Julio*.
Páginas litúrgicas: El rosario. Por el Arcipreste de *Málaga*.
El palacio de los Marqueses de Comillas. Información por *María Sepúlveda* con numerosas fotografías.
El Monasterio de Montserrat. Crónica ilustrada con interesantes fotografías.
La cumbre mística. Por *Ricardo León*.
Sor María del Olvido. Diario de una Hermana de la misericordia, por *Sofía Casanova*. (Continuación).
La Liga de las Naciones en San Sebastián: Dos recuerdos oportunos. Por *Juan Zaragüeta*.
La Sardana. Breve impresión histórica ilustrada con una fotografía de *Badosa*.
El Museo Episcopal de Vich. Información artística ilustrada con varias fotografías.
El arte y la literatura en Cataluña. Crónica, por *Benifernán*. Fotografía de *Vidal*.
Los estudiantes. Por *J. Yanguas Messia*.
Ráfagas de mi tierra. Por *Joaquín Ciervo*. Fotografía de *Vidal*.
Página humorística. Por *Pellicer*.
Instituciones benéficas de Barcelona. Fotografías de *Vidal*.



LAS MUJERES CATÓLICAS ITALIANAS CONTRA EL DIVORCIO

Del gran periódico *El Debate* copiamos el siguiente artículo:

«En el Secretariado de la Acción Católica de la Mujer se ha recibido una carta dirigida a la Excm. Sra. Condesa de Gavia, presidenta de la Junta Central, de la Secretaría general de la Unión Católica Femenina de Italia, suplicando de todas las católicas españolas una oración, a fin de que la ley del Divorcio, que se está debatiendo en las Cámaras, no se apruebe.»

La Acción Católica de la Mujer, recogiendo una vez más el anhelo de las mujeres católicas de Italia, que luchan incansables por el triunfo del feminismo católico, demanda a sus Juntas diocesanas y locales, a sus socias y a todas las católicas de España, pidan por la intención antes citada, para que la espada amenazadora no caiga, ni tengan que soportar en Italia lo que muy admirable y gráficamente llama una escritora del Uruguay «borrón y descrédito para las mujeres.»

das, que eran la única ley de las Sociedades prehistóricas? No; no es posible que después de las grandiosas conquistas del Cristianismo caiga Italia, por mano de unos cuantos comunistas que se titulan representantes del pueblo, en ese abismo de depravación y ruina. Porque la familia humana es la célula social y el divorcio es y ha sido siempre el más activo disolvente de las virtudes sociales. Establecer el divorcio es destruir la base de la moralidad pública y privada; es ahogar los imperativos mandatos de la conciencia con la consagración oficial del despotismo doméstico vinculado en los seres pervertidos que, desoyendo la voz de Dios, dan cabida en su pecho a las pasiones ruines y bastardas; es amparar la poligamia y fomentar la discordia, el engaño y la traición; es legalizar la esclavitud, la arbitrariedad y la violencia; es ir contra el Evangelio, que condena el abuso de la fuerza y la opresión de los débiles; es despojar a la mujer del dominio exclusivo y perpetuo del corazón del marido; es trazar a la Humanidad presente el infamante camino que conduce al libertinaje; es causar la ruina espiritual y material de los hijos, víctimas inocentes, mudos testigos de tanta inmoralidad; es volver a la horrorosa y monstruosa confusión de las primeras tribus salvajes; es caer de lleno en la trágica decadencia de los antiguos Imperios; es negar la eficacia del progreso en sus conquistas más nobles; es atacar por su base los cimientos firmes y gloriosos de la familia cristiana, única institución que responde a las exigencias de la naturaleza, a las aspiraciones sociales y a la ley de Jesucristo; la única que establece, impone y exige la reciprocidad en los derechos y las obligaciones de los cónyuges; la única, en fin, que considera, dignifica y eleva los vínculos sagrados del hombre y de la mujer.

No importa que los historiadores y los filósofos materialistas traten inútilmente de penetrar en los misterios más recónditos de la sublime obra de Dios; no importa que, llenos de orgullo y de impotencia, nieguen la existencia de lo que ellos, torpes y maliciosos, no alcanzaron a ver ni descubrir. Por encima de su obra infausta y perniciosa y dando su luz al mundo como una antorcha en las tinieblas se alzarán en las sociedades presentes y futuras, esplendoroso y radiante, el alto espíritu sublime de Aquel que logró con su calvario la redención de los hombres. No; no es posible que Italia se hunda nuevamente en sus antiguas y miserables grandezas. En Italia, como en todo el mundo fundamental y esencialmente cristiano, es y será siempre el matrimonio verdadero



ENIA QUE SER LA MUJER católica, símbolo de invulnerables ternuras, relicario viviente de todas las virtudes, quien primeramente dejase oír su dignísima protesta en Italia y en todo el mundo ante la posible aprobación de la ley del Divorcio, que todavía se discu-

te en las Cámaras italianas. Su voz es el lamento de su conciencia ofendida; su actitud, el gesto doliente del feminismo católico que teme verse ultrajado en sus principios fundamentales. Pero no sólo es admirable —mil veces admirable— el espíritu que las mueve a la protesta; lo es también la protesta misma. Ellas, doloridas por el rudo golpe que los herederos de la barbarie y del paganismo tratan de asestar en su país a la gran familia cristiana, recogen humildemente el impetuoso fuego de su protesta, lo convierten en santo aroma femenino y lo expanden por el mundo en el rico poema de una dulce oración. Al eco vibrante de su protesta le han sabido poner alas para que vuele y triunfe. Y si esa oración dulcísima brota encantadoramente de los labios de todas las mujeres, ¿qué fuerza humana podrá resistir el poderoso influjo del espíritu que eleva a Dios esa plegaria? ¿Vencerán en esta lucha los bárbaros representantes de los tiempos primitivos? ¿Se impondrán, en pleno siglo xx, las inadmisibles teorías materialistas, perversamente degenera-

lazo indisoluble, contrato de fines permanentes, unión que todo lo reparte y ataduras que nunca se relajan. «Entre nosotros —dice San Jerónimo— no se permite a los hombres lo prohibido a las mujeres, y ante un mismo deber es igual la obediencia.» El matrimonio no es una escritura que se pueda romper ni destruir como un convenio entre negociantes. «El matrimonio —como dice Ozanam— es un sacrificio en dos copas; en la una se encuentran la belleza, el pudor y la inocencia; contiene la otra un amor puro, el desinterés, la consagración inmortal del hombre a la que es más débil que él, a la que tal vez ayer no conocía y hoy se contempla dichoso de poseer toda la vida; pero es necesario que las copas estén igualmente llenas para que sea la unión santa y el Cielo la bendiga.» ¡Hermosas palabras que responden bellamente al concepto cristiano del amor!... Sin ese amor sagrado y bendecido no se habría llegado nunca a la civilización actual; sin ese amor, que irradia sus luces resplandecientes sobre todas las cosas de la tierra, no se hubiera mejorado la primitiva condición del hombre, que aún vivía dominado por la torpe embriaguez de su cerebro. En el rotundo y definitivo triunfo de las máximas cristianas se fundaron todas las sociedades que no quisieron morir. Los preceptos religiosos condenaron siempre el divorcio. La Iglesia protestó siempre de esa grave infracción de sus leyes fundamentales. Cuando el dogma cristiano asentó en los pueblos modernos la unidad en las creencias, en el gobierno y en la familia sobrevino el orden, que es, según Mallebranche, la ley inviolable del espíritu. La indisolubilidad del matrimonio fué entonces incontestable. Al amparo luminoso de tan egregios principios sosteníase la dicha de los esposos y el bienestar de los hijos. Ciertamente, el escándalo de la Reforma produjo un daño gravísimo en ese feliz concierto espiritual. Pero el influjo del cristianismo no desaparece por eso. Triunfó entonces como antes, como siempre, como ha de triunfar ahora en la conciencia popular de Italia.

El divorcio es uno de los principales ideales de las teorías comunistas. Deber de todos los católicos es combatirlo sin tregua ni descanso. Si los legisladores italianos de nuestros días no tienen bastante con su conciencia y con su religión para rechazar ese agravio a la sociedad, y especialmente a las mujeres católicas de su país, recuerden estas palabras que dijo su primer Cónsul: «¿Qué es una familia disuelta? ¿Qué son los esposos que después de haber vivido en los lazos más estrechos que la Naturaleza y la ley pueden formar entre seres razonables, se vuelven de repente extraños el uno al otro y sin poder olvidarse? ¿Qué son los hijos, ya sin padre, que no pueden confundir en el mismo abrazo a los autores de sus días, que, obligados a quererlos y respetarlos, igualmente están obligados, por decirlo así, a ser partidarios de uno u otro, y que no se atreven a rechazar en su presencia el deplorable matrimonio de que son fruto? ¡Ah! Guardémonos de fomentar el divorcio. Sería una gran desgracia que se introdujera en nuestros hábitos.» Vean también, si es preciso, los diputados y los senadores italianos, que estas palabras no

las dijo un cristiano verdadero, sino un hombre que sacrificó sus creencias y tiró por tierra su honor en pro de un negocio político y dinástico y admitió el divorcio a título de una transacción entre los principios del derecho antiguo y la legislación revolucionaria. Sus palabras son, por consiguiente, testimonio de mayor excepción.

Sería imposible enunciar siquiera en los reducidos límites de un artículo de revista todos los perjuicios, desgraciadamente irreparables, que produce, no ya el divorcio, sino la simple separación de los esposos, que se ven colocados de improviso en un estado de inmoralidad permanente, en un celibato forzoso que les lleva de ordinario, y por multitud de razones, a infringir las santas leyes consagradoras del matrimonio. La escuela católica insiste siempre sobre las enormidades a que da lugar el divorcio en todos los pueblos donde estuvo o está implantado. Y el sabio Pontífice León XIII, en su Encíclica *Arcanum divinæ sapientiæ*, en la que se resumen todos los inconvenientes del divorcio, dice lo que sigue: «Cuanto de malo contengan en sí los divorcios apenas puede decirse. Por su causa se hacen mudables los vínculos matrimoniales, se debilita la mutua benevolencia, se suministran perniciosos motivos para la infidelidad, se perjudica el cuidado y educación de los hijos, se da ocasión para desunir las sociedades domésticas, se esparcen semillas de discordia entre las familias, se minoran y deprime la dignidad de las mujeres que están en peligro de ser despedidas cuanto hayan servido a la liviandad de los hombres. Y porque nada vale tanto para perder las familias y destruir la obra de los reinos como la corrupción de costumbres, se ve sin dificultad que los divorcios son muy enemigos de la prosperidad de las familias y las ciudades, divorcios que nacen de las costumbres públicas y privadas más corrompidas.»

Pues si todo esto es evidente y nada de esto se oculta a los partidarios del divorcio en Italia, ¿qué pretenden ahora con esa absurda y bárbara proposición? ¿Presumen, acaso, de *innovadores* y creen *de buena fe* que el establecimiento del divorcio sería una conquista del progreso? ¿Se trata de un anacrónico *snobismo* parlamentario de esos de la época terciaria, o poco menos, que están ahora de moda en determinados países para epatar al mundo civilizado? ¿O es que se han propuesto en serio y a conciencia destruir, poco a poco, los venerandos principios en que se asienta la felicidad y la grandeza de su patria? Esperemos. No es sensato creer que, al cabo de los siglos y después de las batallas reñidas en favor de los grandes ideales humanos, se retroceda tan fácilmente, en un país como Italia y en ese capitalísimo asunto, a los tiempos de la epopeya salvaje.

VOLUNTAD tiene la esperanza de que los legisladores romanos no se agraviarán a sí mismos ni ultrajarán a sus propias mujeres aprobando esa funestísima ley. Y además de esa esperanza tenemos fe, una fe absoluta y entusiasta en la oración que a todas las mujeres católicas del mundo le han pedido las damas italianas.

¡Benditos sean los labios que la recen y alabadas sean las almas que la piden!

BENITO FERNÁNDEZ



AÑO
II

VOLVNTAD

NÚM.
22

MADRID, 1.º DE OCTUBRE DE 1920



Barcelona.—Nuestra Señora de la Merced



ASPECTOS TÍPICOS
DE
CATALUÑA



Barcelona.—Arriba: *Una feria de gallos en la Rambla de Cataluña.*—En el óvalo: *Un timbalero en la procesión del Corpus.*
Abajo: *Un puesto de «belenes» en la feria de Santa Lucía*

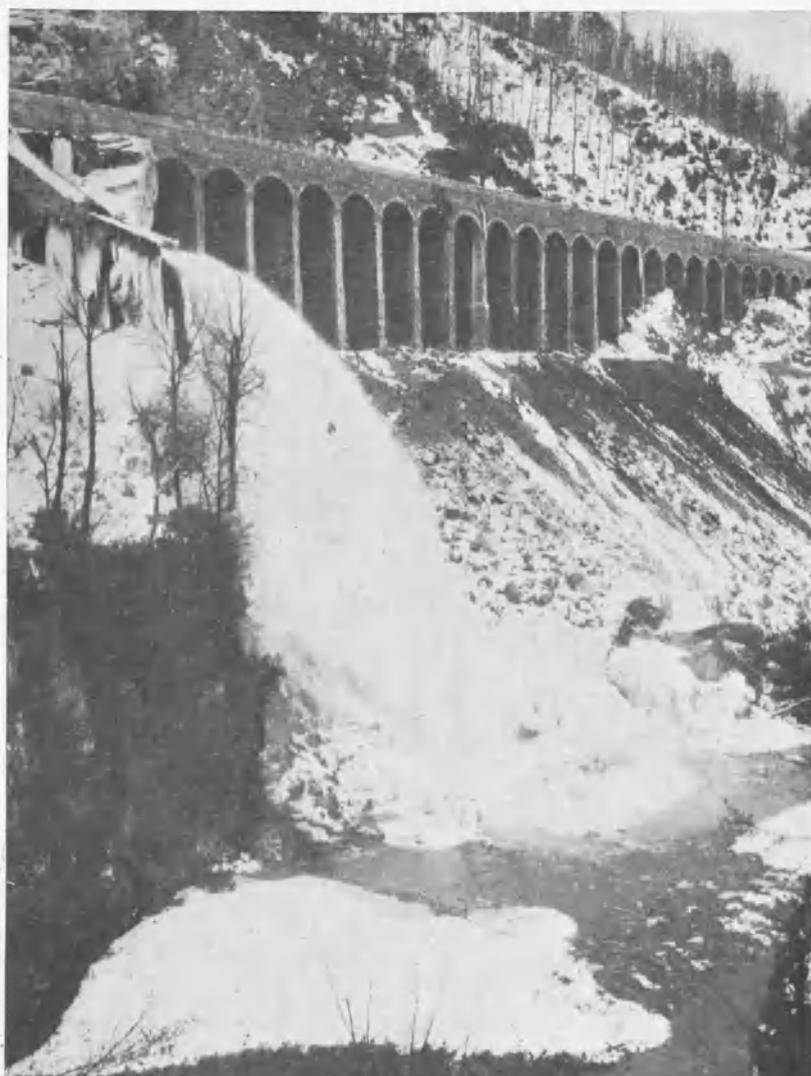


Recogemos en estas páginas varias notas típicas de Cataluña que ponen de relieve algunos interesantes aspectos de tan hermosa región, que sabe unir en admirable consorcio la actividad y el trabajo con el recreo de los ojos y los goces del espíritu.



Arriba: Mataró.—Sacando la barca. ☉ En óvalo: Barcelona.—Los Gigantes.—Abajo: Plaza adornada por los vecinos de la barriada de Gracia el día de la Fiesta Mayor

(Fotos Badosa).

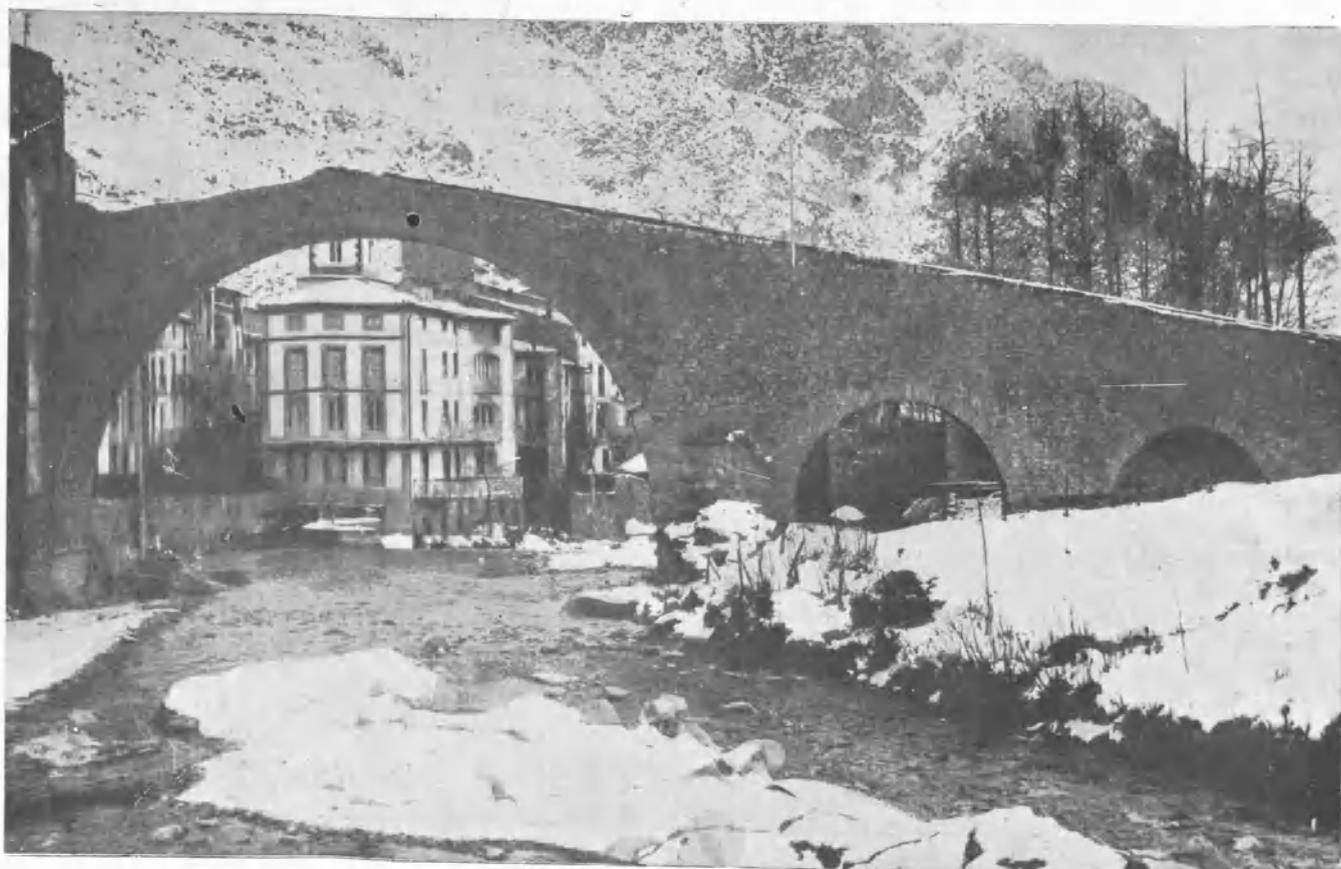


San Juan de las Abadesas

CATALUÑA PINTORESCA



Exaltar la imponderable belleza de los Pirineos Orientales y tratar de describir su inagotable caudal de ricas inspiraciones, sería, en estos momentos, algo así como poner en acción el consabido tópico que habla del descubrimiento del Mediterráneo. ¿Quién no conoce y admira el encanto poderoso de esos pueblos singulares y esos lindos panoramas de la alta Cataluña? Más que con la pluma, hemos querido dar a nuestros lectores con estas fotografías una amena impresión de esos interesantes rincones, tan visitados y admirados por todos los turistas del mundo.



Camprodón (Pirineos).— Puente del Diablo



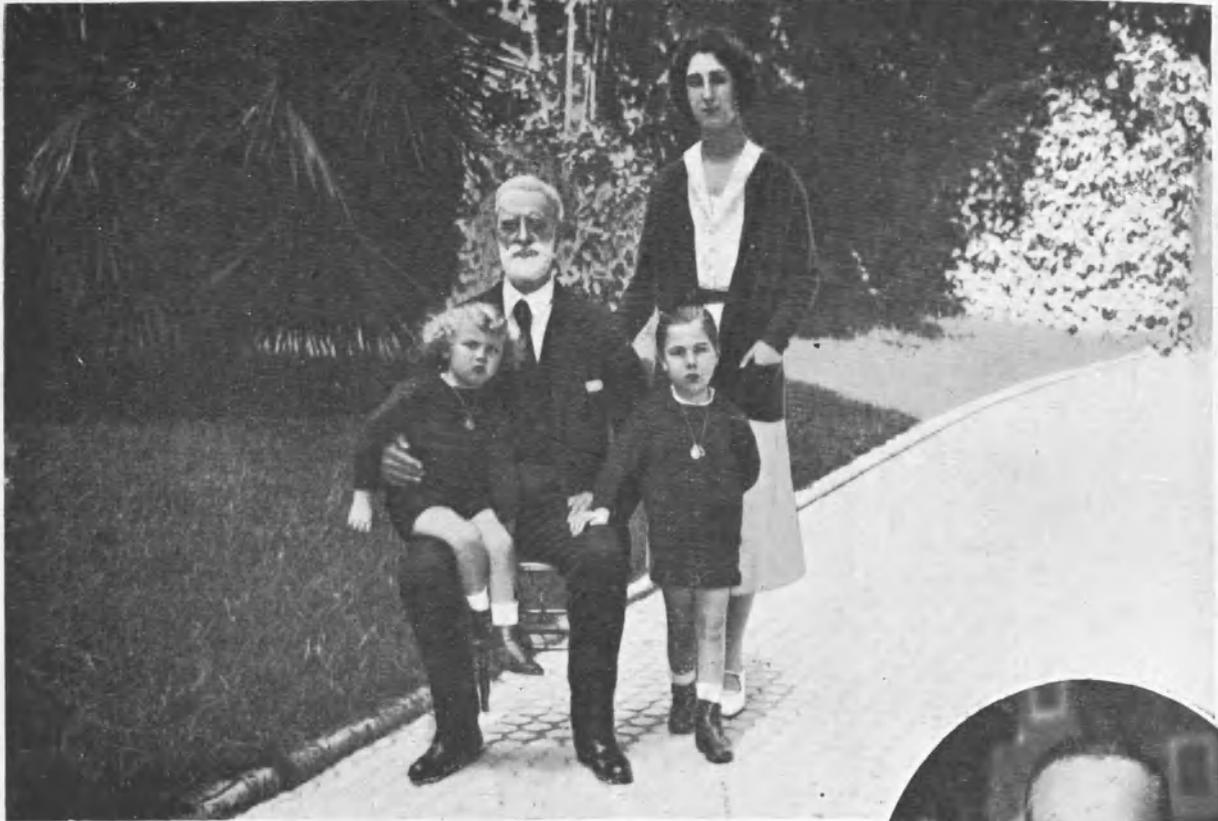
Camprodón



La Villa de Camprodón (Pirineos)



NOTAS DE ACTUALIDAD

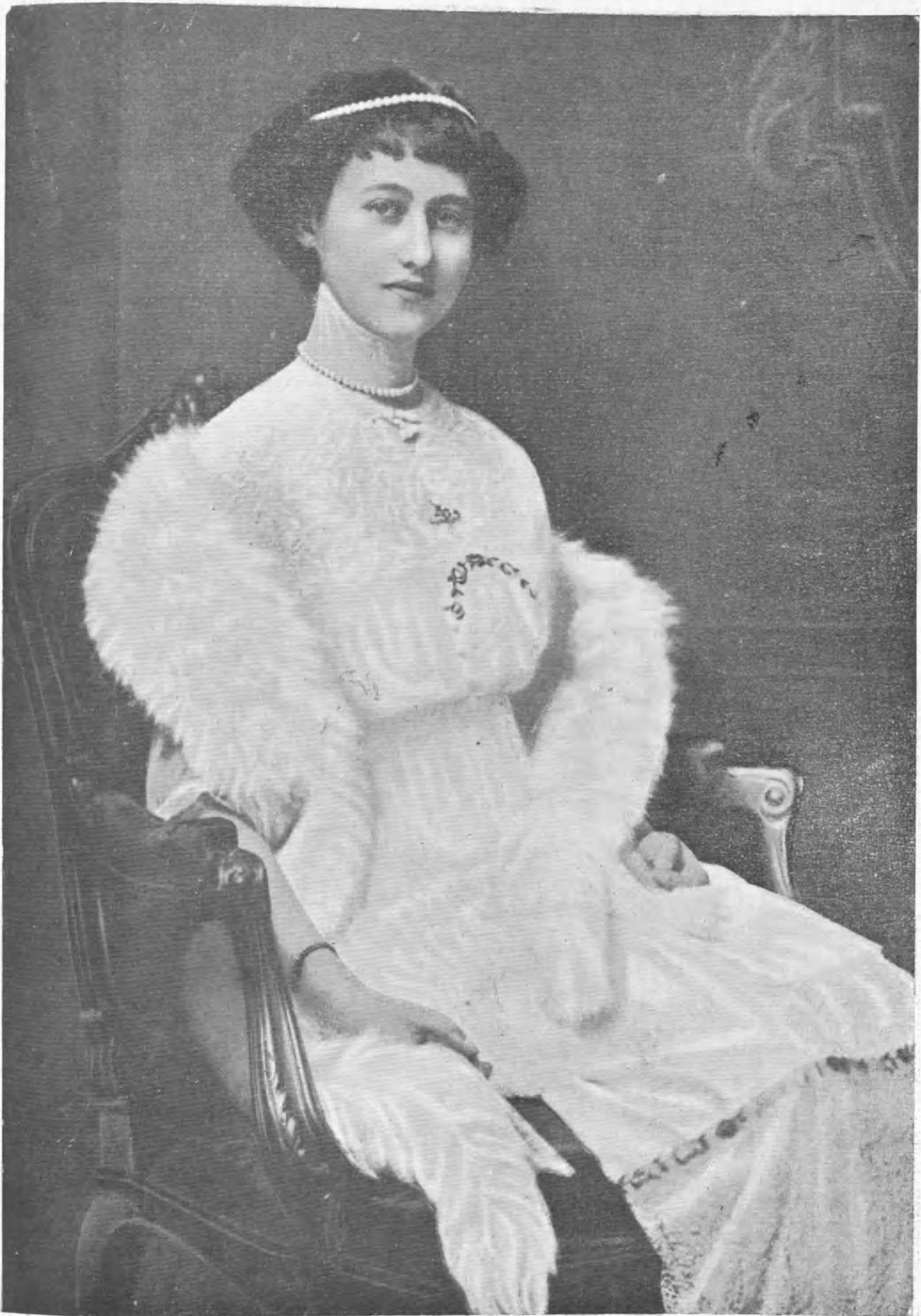


Arriba: La bella Marquesa de San Vicente que el día 7 de Octubre contraerá matrimonio con el Duque de Alba.—En el círculo: El Marqués de Amposta, nuevo Embajador de España en la Argentina.— Abajo: Sala del Greco, inaugurada recientemente en el Museo del Prado

Fots. Larregla y Vidal.



LA GRAN DUQUESA DE LUXEMBURGO



MARÍA ADELAIDA

Gran Duquesa de Luxemburgo que ha renunciado al trono de su país y ha ingresado en un Convento de la orden de Santa Teresa, en Módena (Italia)

Fot. Vidal.



Italia.—Cuarto Centenario de la coronación de la Virgen de Oropa (Biella), célebre por sus numerosos milagros. — Cardenales que asistieron a la ceremonia

LA VIDA EN EL EXTRANJERO



Italia.—Peregrinos que visitaron el nuevo Santuario de la Virgen de Oropa, con motivo del cuarto Centenario de su coronación



Italia.—*El Congreso Eucarístico de Bérgamo: Grupo de cardenales que asistieron al mismo*



Italia.—*El Congreso de Bérgamo: La procesión Eucarística, a su paso por la plaza de Garibaldi*

(Fotos Manetti)

LECCION DE SERENIDAD



RASE UNA HERMOSA MAÑANA DE Abril. Eugenio se había levantado muy temprano, había extendido maquinalmente el brazo a su librería, y con el tomito en la mano, pero sin abrir, se había asomado al balcón que daba vista a una risueña campiña. ¡Qué día más bello! ¡qué hora tan embesante! El sol se levanta en el horizonte matizando las nubecillas con primorosos colores, y desplegando en todas direcciones madejas de luz, como la dorada cabellera ondeante sobre la cabeza de un niño; la tierra ostenta su riqueza y sus galas, el ruiseñor gorjea y trina en la cercana arboleda, el labrador se encamina a su campo, saludando al luminar del día con cantares de dicha y de amor. Eugenio contempla aquella escena con un placer inexplicable. Su ánimo tranquilo, sosegado, apacible, se presta fácilmente a emociones gratas y suaves. Goza de completa salud, disfruta de pingüe fortuna; los negocios de la familia andan con viento en popa, y cuantos le rodean se esmeran en complacerle. Su corazón no está agitado por ninguna pasión violenta; anoche concilió sin dificultad el sueño, que no se ha interrumpido hasta el rayar del alba; y espera que las horas se adelanten para entregarse al ordinario curso de sus tranquilas tareas.

Abre por fin el libro: es una novela romántica. Un desgraciado a quien el mundo no ha podido comprender, maldice a la sociedad, a la humanidad entera, maldice a la tierra y al cielo, maldice lo pasado, lo presente y lo futuro, al mismo Dios, se maldice a sí mismo; y cansado de mirar un sol helado y sombrío, una tierra mustia y agostada, de arrastrar una existencia que pesa sobre su corazón, que le oprime, que le ahoga, como los brazos del verdugo al infeliz ajusticiado, se propone dar fin a sus días. Miradle, ya está en el borde del precipicio fatal, ya está escrita en la cartera la palabra «Adiós», ya vuelve en torno su cabeza desgredada; su semblante pálido, sus ojos hundidos e inflamados, sus facciones alteradas; y antes de consumir el atentado se queda un momento en silencio, y luego reflexiona sobre la naturaleza, sobre los destinos del hombre, sobre la injusticia de la sociedad. «Esto es exagerado, dice con impaciencia Eugenio; en el mundo hay mucho malo, pero no lo es todo. La virtud no está todavía desterrada de la tierra; yo conozco muchas personas que sin atrocidad alguna no pueden ser contadas entre los criminales. Hay injusticias, es cierto; pero la injusticia no es la regla de la sociedad; y si bien se observa, los grandes crímenes son excepciones monstruosas. La mayor parte de los actos que se cometen contra la virtud proceden de nuestra debilidad; nos dañan a nosotros mismos, pero no traen perjuicios a otros; no aterrorizan al mundo; y los más se consuman sin llegar a su noticia. Ni es verdad que el bienestar sea tan imposible; los infortunados son muchos, pero no todo dimana de injusticia y crueldad; en la misma naturaleza de las cosas se encuentra la razón de estos males, que además no son ni tantos ni tan negros como se nos pintan aquí. No se que modo de mirar los objetos tienen esos hombres; se



Severo monumento en que se guardan los restos del glorioso Doctor Balmés, en la hermosa catedral de Vich

quejan de todo, blasfeman de Dios, calumnian a la humanidad entera, y cuando se elevan a consideraciones filosóficas, llevan el alma por una región de tinieblas, donde no encuentra más que un caos desesperante. Cuando vuelve de semejantes excursiones, no sabe pronunciar otras palabras, que *maldición* y *crimen*. Esto es insostenible: esto es tan falso en filosofía como feo en literatura». Así discurría Eugenio, y cerraba buenamente el libro y apartaba de su mente aquellos téticos recuerdos, entregándose de nuevo a la contemplación de la bella naturaleza.

Pasan las horas, suena la de comenzar sus tareas; y aquel día parece el de las desgracias. Todo va mal; diríase que le han alcanzado a Eugenio las maldiciones del suicida. Muy de mañana corre por la casa un mal humor terrible. *N* ha pasado malísima noche. *M* se ha levantado indispuerto, y todos son más agrios que zumo de fruta verde. A Eugenio se le pega también algo de la malignidad atmosférica que le rodea; pero todavía conserva alguna cosa de las apacibles emociones de la salida del sol.

El día se va encapotando, el tiempo no será tan bueno como se prometía al espectador de la mañana. Sale Eugenio a sus diligencias, la lluvia comienza, el paraguas no basta para cubrir al viandante, y en una calle estrecha y atestada de lodo, se encuentra Eugenio con un caballo que galopa, sin atender a que los chispazos de lango de sus cascos, dejan al pobre pasajero pedestre hecho una lástima de pies a cabeza. Ya es preciso retroceder, volverse a casa, entre irritado y mohino, no

maldiciendo tan alto como el romántico, pero sí haciendo no muy piadosa plegaria para el caballo y el jinete. La vida no es ya tan bella; pero todavía es soportable; la filosofía se va encapotando como el tiempo, pero el sol no ha desaparecido aún. Los destinos de la humanidad no son desesperantes, pero los lances de los hombres son algo pesados. Al fin siempre sería mejor que las caras domésticas no fueran de cuaresma, que las calles estuviesen limpias, o que si estaban sucias, no galopasen los caballos a la inmediatez de los transeúntes.

Sobre una desgracia viene otra. Reparado Eugenio del primer descalabro, vuelve a sus diligencias, dirigiéndose a casa de su amigo, a quien le ha de comunicar noticias satisfactorias, con respecto a un negocio de importancia. Por lo pronto es recibido con frialdad, el amigo procura eludir la conversación sobre el punto principal, y finge ocupaciones apremiadoras que le obligan a aplazar para otro día el tratar del asunto. Eugenio se despide algo desabrido y receloso, y se devana los sesos por adivinar el misterio; pero una feliz casualidad le hace encontrar con otro amigo que le revela la trama del primero, y le avisa que no se duerma si no quiere ser víctima de la perfidia más infame. Marcha presuroso a tomar sus providencias, acude a otros que puedan informarle de la verdadera situación de las cosas, le explican la traición, se compadecen de su desgracia, pero todos convienen en que ya es tarde. La pérdida es crecida, y además irreparable; el pérfido ha tomado sus medidas con tanta precaución, que el desgraciado Eugenio no ha advertido la stratagema hasta que se ha visto enredado sin remedio. Acudir a los tribunales es imposible, porque el negocio no lo consiente; reprochar al pérfido la negrura de su acción es desahogo estéril; con tomar una venganza nada se remedia y se aumentan los males del vengador. No hay más que resignarse. Eugenio se retira a su casa, entra en su gabinete, se entrega a todo el dolor que consigo trae el frustrarse tantas esperanzas, y un cambio inevitable en su posición social. El libro está todavía sobre la mesa, su vista le recuerda las reflexiones de la mañana; y exclama en su interior: «¡Oh, cuán miserablemente te engañabas, cuando reputabas exageración las infernales pinturas que del mundo hacen esos hombres! No puede negarse: tienen razón, esto es horrible, desconsolador, desesperante, pero es la realidad. El hombre es un animal depravado, la sociedad es una cruel madrastra, mejor diré un verdugo que se complace en atormentarnos, que nos insulta y se mofa de nuestras angustias, al mismo tiempo que nos cubre de ignominia, y nos da la muerte. No hay buena fe, no hay amistad, no hay gratitud, no hay generosidad, no hay virtud sobre la tierra; todo es egoísmo, miras interesadas, perfidias, traición, mentira. Para tanto padecer, ¿por qué se nos ha dado la vida? ¿dónde está la Providencia? ¿dónde la justicia de Dios? ¿dónde?...»

Aquí llegaba Eugenio, y como ven nuestros lectores, la dulce y apacible y juiciosa filosofía de la mañana, se había trocado en pensamientos satánicos, en inspiraciones de Belzebú. Nada se había mudado en el mundo, todo proseguía en su ordinaria carrera, y ni el hombre ni la sociedad podían decirse peores, ni entregados a otros destinos, por haberle sucedido a Eugenio una desgracia imprevista. Quien se ha mudado es él; sus sen-

timientos son otros, su corazón lleno de amargura derrama la hiel sobre el entendimiento, y éste, obedeciendo a las inspiraciones del dolor y de la desesperación, se venga del mundo pintándole con los colores más horribles. Y no se crea que Eugenio proceda de mala fe; ve las cosas tales como las expresa; así como las expresaba por la mañana tales como a la sazón las veía.

Dejamos a Eugenio en el terrible *dónde...* que a no dudarlo hubiera abortado una blasfemia horripilante, si no se interrumpiera el monólogo con la llegada de un caballero que con libertad de amigo penetra en el gabinete sin detenerse en antesalas.

—Vamos, mi querido Eugenio, ya sé que te han jurado una mala partida.

—¿Cómo ha de ser!

—Es mucha perfidia.

—Así anda el mundo.

—Lo que importa es remediarlo.

—¿Remedio?... es imposible...

—Muy sencillo.

—Me gusta la frescura.

—Todo está en aprontar más fondos, aprovechar el correo de hoy, y ganarle por la mano.

—¿Pero cómo los apronto? Sus cálculos estriban sobre la imposibilidad en que me hallo de hacerlo, y como sabía el estado de mis negocios, efecto de los desembolsos hechos hasta aquí para el maldito objeto, está bien seguro que no podré tomarle la delantera.

—Y si estos fondos estuviesen ya prestos...

—No soñemos...

—Pues mira, estábamos reunidos varios amigos para el negocio que tú no ignoras; se nos ha referido lo que te acaba de suceder, y el desastre que iba a ocasionarte. La profunda impresión que me ha producido, puedes suponerla; y habiendo pedido permiso a los socios para abandonar por mi parte el proyecto, y venir a ofrecerte mis recursos, todos instantáneamente han seguido mi ejemplo; todos han dicho que arrostraban con gusto el riesgo de aplazar sus operaciones y de sacrificar su ganancia hasta que tú hubieses salido airoso del negocio.

—Pero yo no puedo consentir...

—Déjate...

—Pero, y si esos caballeros, a quienes no conozco siquiera...

—Tu desconfianza estaba ya prevista; aprovecha el correo, yo me voy, y en esta cartera encontrarás todo lo que necesitas. Adiós, mi querido Eugenio.

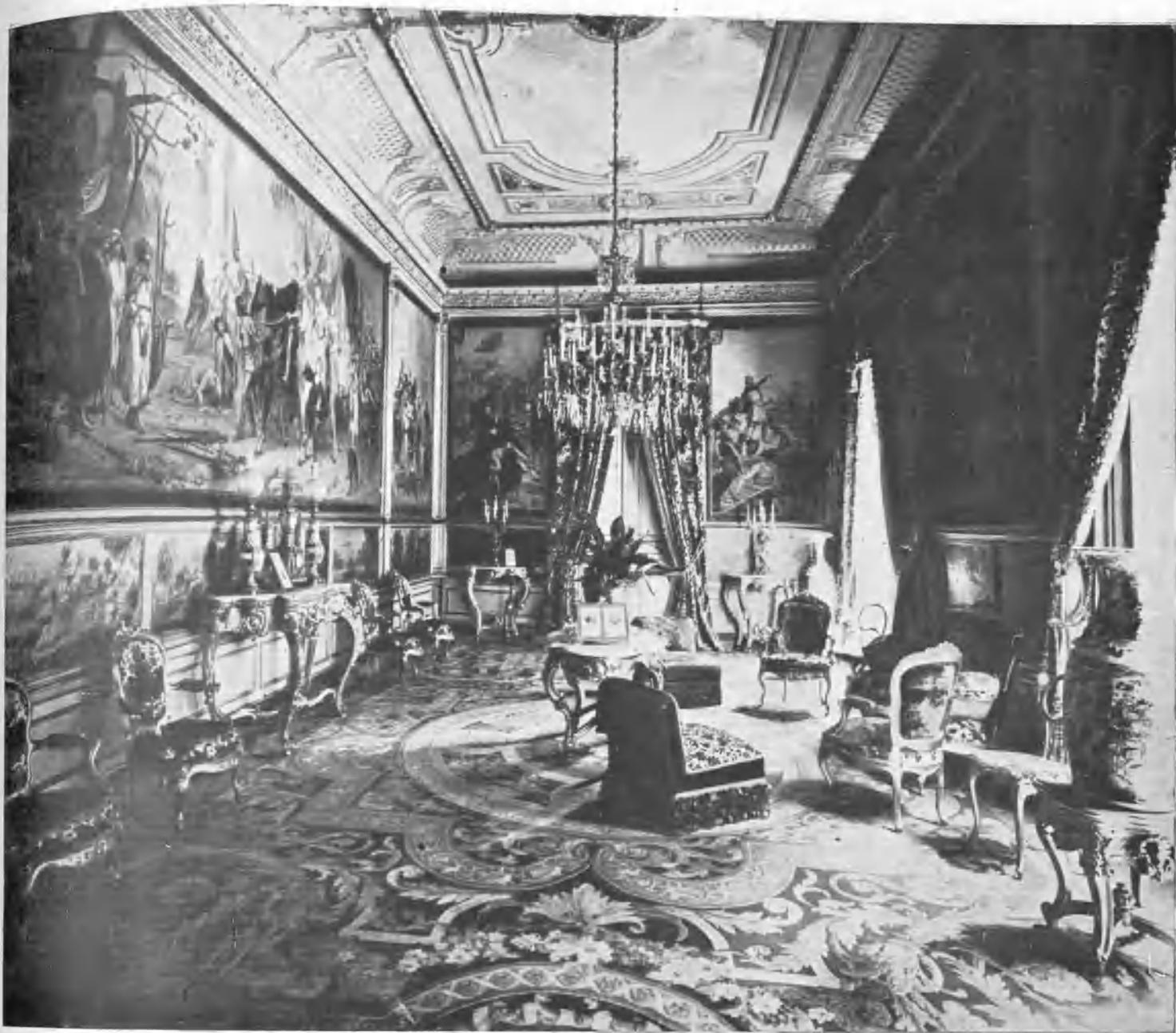
La cartera ha caído al lado del libro fatal; Eugenio se avergüenza de haber anatematizado la humanidad, sin excepciones; la hora del correo no le permite filosofar, pero siente que su filosofía toma un sesgo menos desesperante. A la mañana siguiente el sol asomará hermoso y radiante como hoy, el ruiseñor cantará en el ramaje, el labrador se dirigirá a sus faenas, y Eugenio volverá a ver las cosas como las veía antes de sus fatales aventuras. En veinticuatro horas, que por cierto no han alterado nada ni en la naturaleza, ni en la sociedad, la filosofía de Eugenio ha recorrido un espacio inmenso, para volver como los astros, al mismo punto de donde partiera.

JAIMÉ BALMES

(Fot. Vidal)







Salón Luis XV

El Palacio de los Marqueses de Comillas

FRECE GRATA SORPRESA a la vista, en plena rambla catalana, un poético jardín que inesperadamente presenta su nota de verde frescor, tras amplia balaustrada de piedra, y a la altura del piso principal de un antiguo palacio, que perteneció un tiempo a linajuda familia y es hoy propiedad de un ilustre prócer, el Excelentísimo Señor Marqués de Comillas, que ya lo heredó de sus nobles padres.

Penetrando unos instantes en la señorial mansión, que mantiene cerrada a mundanas fiestas la sobriedad y modestia eminentemente cristianas de sus ilustres dueños, nos es dado contemplar las riquezas artísticas que atesoran aquellos espléndidos salones, en los cuales el lujo no rebasa los límites de esa modestia a que nos referíamos antes; y ajustado a las conveniencias sociales y a los dictados del arte, destierra refinamientos de esos que revelan exagerado afán de bienestar material. Como en aquellos palacios de nuestros antepasados los nobles de preclaro blasón, en éste en que nos hallamos la vida se nos presenta digna de quienes la

Penetrando unos instantes en la señorial man-



Gabinete azul

viven tal como debe vivirse, si en que es pasajera y en que no es dada para solo gozar se piensa.

El pincel delicadísimo del célebre Vigatá ha dejado en esta morada muestras de su inspiración que son un regalo para los ojos y para el espíritu. Los frescos del gran salón de recepciones que ofrece la particularidad de tener la altura de los tres pisos del palacio, representan asuntos de batallas históricas, y los del precioso oratorio en el que Valmitjana es autor de unas hermosas imágenes de San Luis y de San Antonio, y del bello crucifijo que preside el altar, son una notabilísima alegoría de la gloria y otro





Dormitorio de los marqueses



devotísimo que representa la aparición de la Virgen de la Merced a San Pedro Nolasco. Hay en la capilla también dos cuadros muy hermosos de Rigalt, del martirio de San Claudio uno, y otro de Santa Isabel de Hungría.

Entre los salones del palacio ofrece particular interés el llamado «gabinete azul» por los recuerdos históricos que tiene. Sus muebles de estilo Luis XVI fueron cedidos el año 1876 al Ayuntamiento de Barcelona por los Marqueses de Comillas, para adornar la estancia en que se alojó Don Alfonso XII cuando desembarcó en la capital de Cataluña para venir a tomar posesión del Trono de su mayores, y



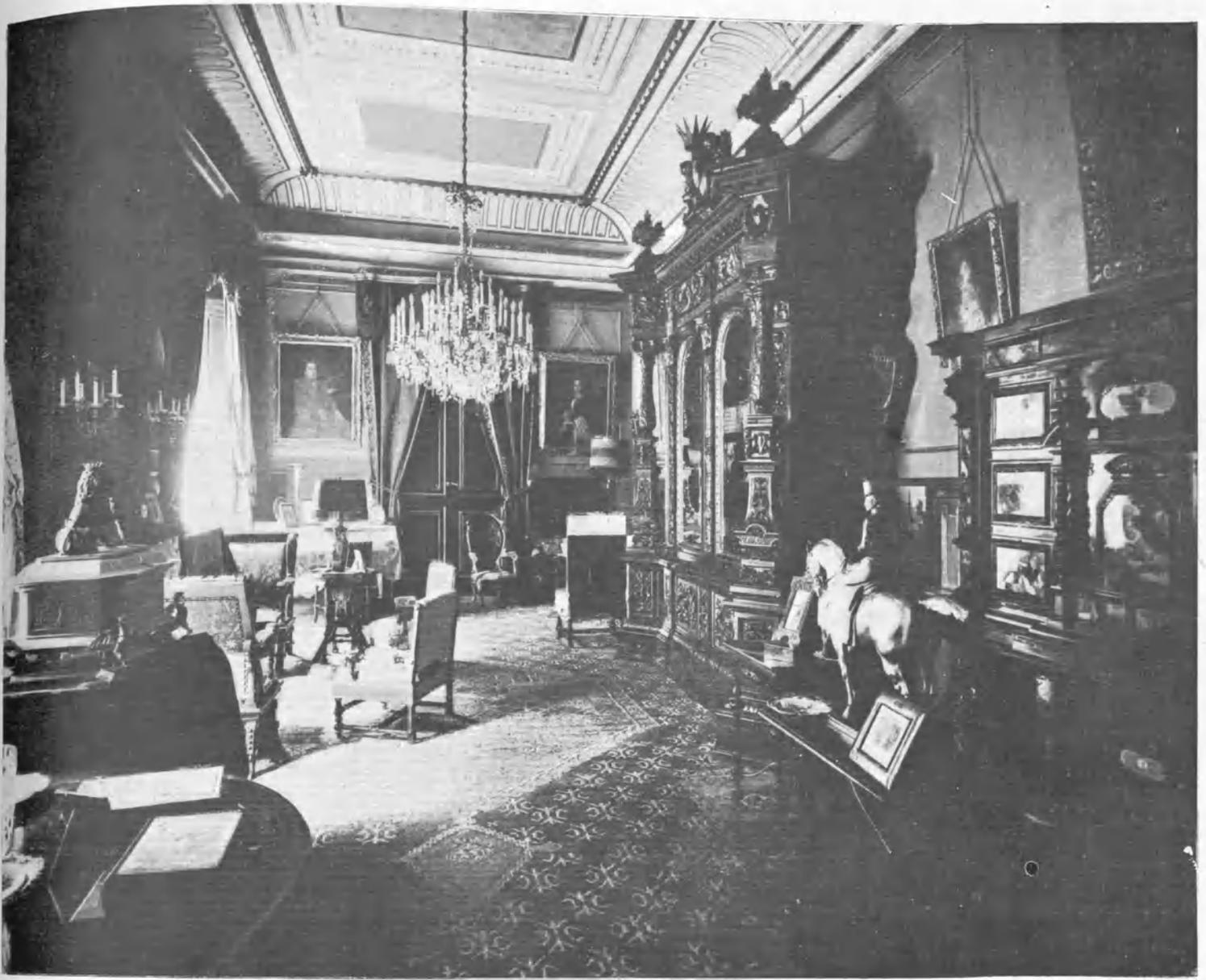
Una parte del jardín

fué en aquel lecho de caoba y ricos bronce donde descansó por vez primera como Rey de España el monarca «Pacificador», cuyo retrato, debido al pincel de Suárez Llanos, evoca en aquel lugar un mundo de recuerdos. Posteriormente fueron huéspedes de esa misma estancia las Infantas de España D.^a Isabel, D.^a Paz y D.^a Eulalia en diferentes épocas, el Príncipe Ruprecht de Baviera cuando en 1888 vino a visitar la memorable Exposición de Barcelona, y posteriormente, en fecha no lejana, la inolvidable y malograda Infanta D.^a María Teresa. De Bouguerau hay en este salón un cuadro lindísimo que representa a la Virgen con el Niño Jesús en brazos y en el dormitorio de los Marqueses otro del mismo autor, el tan famoso conocido con el nombre de «Pietá», ante el cual un sentimiento de admiración y de verdadera piedad penetra el alma y detiene y obliga a quedar suspenso unos instantes. Aquella madre feliz del primer cuadro y esta afligida, desolada, son dos

divinas inspiraciones, felicísimamente realizadas.

El salón Luis XV, ornado de bellos tapices Gobelinos que representan asuntos de la Historia patria, tiene como todos los del palacio unos muy notables arrimaderos atribuidos también a Vigatá y que en la llamada «sala de confianza» representan la historia de los trabajos de Hércules. En esta salita hay dos retratos de los primeros marqueses de Comillas por Espalter y Suárez Llanos, dos estudios atribuidos a Goya y varios otros de Miralles, Casas, Lengo, Ferrant. Sobre la biblioteca un grupo escultórico «Ascensión de la Virgen» obra del gran Amadeo, y allí también entre otras joyas artísticas, el recuerdo precioso de un premio que en ciertos Juegos florales regaló la familia de los Marqueses al inmortal Mosén Jacinto Verdaguer.

Damos una rápida ojeada al comedor que tiene soberbios tapices Gobelinos de flores y frutas y cuyos balcones abren a la terraza que perfuma el jardín y a la que llega distante el rumor de la gran



Gabinete de confianza

población que trabaja y vive allá, fuera de esta apacible morada, donde se guardan tantas bellezas. A la salida, ya en los grandes vestíbulos, todavía la vista se detiene con admiración sobre

lienzos que ostentan firmas gloriosas de Armet, de Robadá, de Gisbert, de Lucas Jordán, en una maravillosa «Elección de David».

MARIA SEPULVEDA

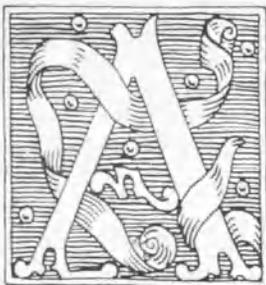




Montserrat. — Vista general de la montaña

EL MONASTERIO DE MONSERRAT

«Montserrat es el monte serrado, el *Montsagrat* o la santa Montaña de Cataluña, el *Montal atsch* de la Edad Media alemana, el monte donde se alzaba el castillo del Santo Grial.» — *Baedeker's Spanien und Portugal*. (Leipzig, 1899.)

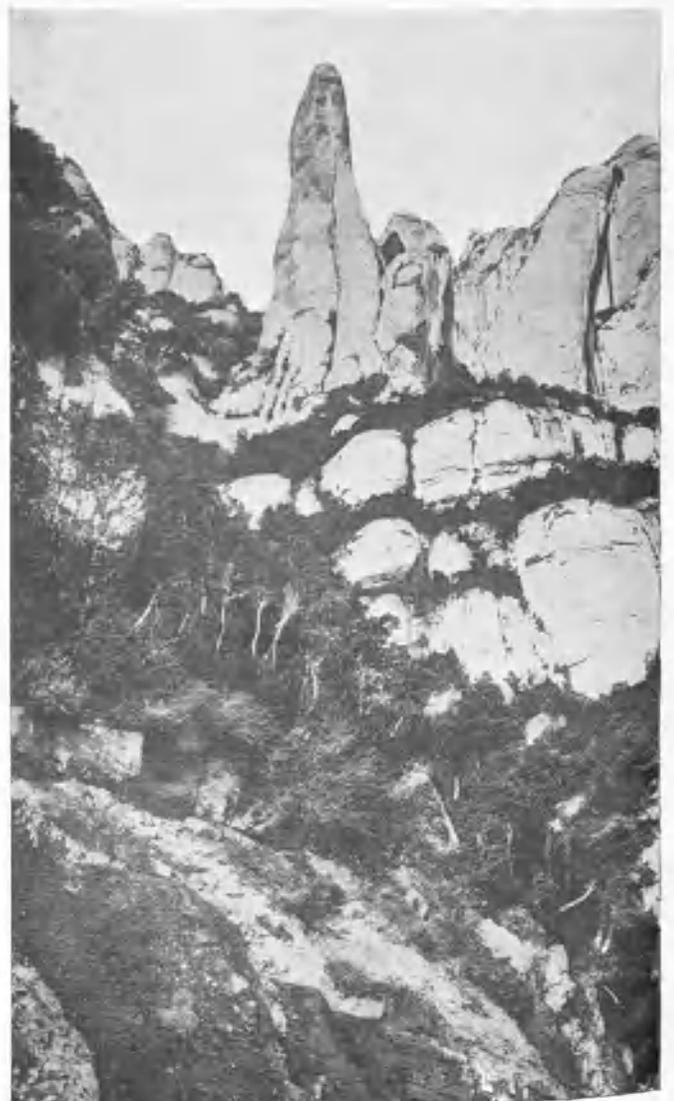


ISLADA DE LOS RESTANTES sistemas orográficos, y constituyendo uno aparte, se alza majestuosa la singular montaña de Montserrat. Su peregrina configuración, no menos que sus elementos constitutivos y exuberante vegetación que la cubre de perenne manto de verdor, festoneando lozana y trepadora hasta las hendeduras, bordes e intersticios de sus graníticos macizos, causan profunda admiración y son rico campo de investiga-

ciones científicas para la contemplación ascética y la inspiración y goce artísticos. Dista de Barcelona unos 35 kilómetros y alcanza una altura de 1.235 metros sobre el nivel del mar.

Aumentan su belleza numerosas fuentes: las del Portal, Santa Cecilia, la del Llum, la del Morjos, la Font Gran, la Llofresa, la Canaleta, la Valentina, la Pudenta y otras, hasta cuarenta, que, por lo general, brotan en la parte baja.

En lejanas épocas precristianas ejercía esta montaña una sugestión atrayente sobre las almas de los supersticiosos paganos, quienes, dado lo aficionados que eran a dedicar los *lucus* o bosques sagrados a alguna divinidad, no es de extrañar que consagraran alguno de los bosquecillos de esta célebre montaña a una de sus más poéticas divinidades que habría de ser sustituida más tarde por la graciosa María, Divina Madre del Amor Hermoso, de toda Gracia y Bondad. Desde ese momento histórico, Montserrat, con todas sus bellezas y encantos naturales y artísticos, pasa



El «cavall Bernat»



Interior de la iglesia del Monasterio de Montserrat



Camino de la Santa Cueva

a ser, ante todo, el suntuoso palacio de la Morenita, y empiezan a subir caravanas de fieles ansiosos de rendir pleitesía a su entronizada Soberana. Pero en seguida les parece poco este amor, este homenaje de peregrinos y transeuntes, y se piensa establecer allí mismo su corte y servidumbre permanente. Levántase con esta idea el Cenobio benedictino. Los monjes, a su vez, fundan la escalonía de pajes reales, y así, entre los que van y vienen en peregrinación y los que aquí fijan su morada, entre viejos, jóvenes y niños, se constituye la corte de la excelsa Reina y el conmovedor tributo del *Laus perennis*. Todavía hay almas enamoradas que dan un paso, es decir, un vuelo más, y de ahí brotan las numerosas ermitas graciosamente esparcidas por todas las alturas.

La Basílica de la virgen, el convento de los monjes, la Escalonía y las ermitas, los aposentos para los huéspedes y en los últimos tiempos los misterios monumentales del Santo Rosario y las Estaciones del *Vía Crucis*, constituyen, en resumen, el valioso concurso y tributo de amor con que los hombres han contribuido a hermopear más y más el ya por sí bellissimo Montserrat, portentosa plasmación artística de la Naturaleza.

Montserrat ha dado origen y motivo a bellas tradiciones poéticas leyendas y artísticas inspiraciones. Su influencia religiosa se extiende a todo el orbe cristiano y civilizado. Lo atestiguan así multitud de monumentos que llevan su nombre en el Antiguo y en el Nuevo Mundo, como asimismo el actual concurso cosmopolita que anualmente viene a admirar la montaña de las montañas y a rendir filial tributo de amor y devoción a la Reina de las Reinas que en ella asentó su solio imperial. España entera sobresale en tan universal y laudable porfía, pero es de justicia añadir que para Cataluña Montserrat lo es todo: símbolo glorioso de su patria, baluarte de su fe, casa solariega de sus amores, templo indestructible de su imperecedera religiosidad, centro, en fin, de toda su compleja vida de trabajo, estudio, arte, lucha, plegaria, recuerdo, esperanza y devoción; emblema de su materialidad, por decirlo así, y de su sobrenaturalidad, él encarna la grandiosa epopeya de todo un pueblo de actividad prodigiosa, epopeya que en su apoteosis final, tan a maravilla se ve representada en las pinturas que adornan la bóveda del camarín de la Morenita.

La fundación del Monasterio de Montserrat, según la tradición antigua, data del año 546. Un monje llamado Quirico fundó un Monasterio en el actual emplazamiento de Monistrol. Según esa misma tradición, al ocurrir la invasión árabe los monjes ocultaron la imagen de la virgen, a la que se daba culto en su iglesia. En-

Contra esta imagen a últimos del siglo IX, los monjes de Monistrol le edificaron una capilla, que más tarde se convirtió en un Monasterio de monjas benedictinas procedente de San Pedro de las Puelas. Setenta y ocho años después, el conde de Barcelona, temeroso de los atropellos que pudieran cometer los musulmanes, trasladó las monjas a Barcelona y puso monjes en el Monasterio. El primer nombramiento de Prior se hizo en el año 986. Desde entonces va siguiendo la serie de Piores sin interrupción, lo cual prueba que ya se habían constituido en Comunidad, formada, sin duda, con monjes de Ripoll, a cuya jurisdicción pertenecía la montaña de Monserrat, por donación del conde Wifredo y confirmación de su hijo Sunyer. En los comienzos del siglo XIII estaba tan extendido el culto a Nuestra Señora de Monserrat, que la Cofradía se hallaba enriquecida con especiales gracias por los Sumos Pontífices y se hallaban inscritos en ella una Reina de Aragón y condesa de Barcelona, esposa de Pedro II el Católico, el Arzobispo de Tarragona Ramón de Rocavert y el Abad de Ripoll, Raimundo de Berga; la acrecentación del Monasterio lo dice el hecho de que el Prior, Bertrando de Bach, pudiera comprar en el año 1253 toda la hacienda, jurisdicción y vasallaje de la Cuadra de Oruz, con su capilla dedicada a San Martín, por el precio de 5.000 sueldos. El mismo Prior, elegido más tarde Abad de Ripoll, retuvo el gobierno de Monserrat y compró en 1261 el castillo y la villa de Olesa, con todos sus términos, diezmos y derechos de censos, tercios y luismes, por el precio de 4.500 maravedises de oro.

La esposa de Jaime I el Conquistador estuvo en Monserrat para dar las gracias a la virgen por haberla librado de una grave enfermedad que padeció en Barcelona. Jaime II, Rey de Sicilia, habiendo caído enfermo en Nápoles el año 1299, ofreció a Nuestra Señora de Monserrat que si curaba daría cada año 100 libras de cera blanca para que labrasen dos cirios que ardiesen cuando se alza al Señor en la misa mayor, y en los cuales se pondrían las armas reales. Este voto lo cumplió Jaime II en 1302. También mandó que se hiciera una virgen de plata de Nuestra Señora de Monserrat, la cual le costó 1.700 sueldos barceloneses. En tiempos del Infante D. Juan de Aragón, Arzobispo de Toledo que gobernó el Monasterio desde 1320 a 1324, floreció en la montaña la vida eremítica, en la que tantos y santos varones tuvo Monserrat. En el año 1344 visitó el Monasterio el Rey D. Pedro IV el Ceremonioso para encomendar a la virgen la empresa de Mallorca. En tiempos del Prior Pedro Rigalt (1377) quedó el prelado de Monserrat dueño de todos los pueblos circunvecinos, por lo cual no tardó en concedérsele la dignidad de Abadía.



Nuestra Señora de Monserrat

El culto y la devoción a Nuestra Señora de Monserrat empezaron, según nos cuenta la tradición, en aquellas tardes dichosas en que unos pastores que apacentaban sus rebaños en las vertientes de la montaña, divisaron en los picos del monte resplandores de una luz que inefablemente los atraía y deleitaba. Con una efusión del alma que no sabían explicar, corrieron los pastores a su párroco, el cual, acompañado de su pueblo, presenció el singular fenómeno, que se repetía indefectiblemente todos los sábados. El párroco contó el milagro al Obispo de Vich, que lo era Gotomaro, quien, al frente de una compacta comitiva, se dirigió al lugar del suceso, hallando en una amplia hornacina hecha en la misma roca una virgen morena, que adoraron reverentemente, reconociendo ser ella la estrella irradiadora de la luz y la que un sábado y otro sábado había sido «por músicas celestes festejada». Todo esto sucedía, según la tradición, en las últimas décadas del siglo IX, y, desde entonces, colocada la virgen en su trono, hizo sentir inmediatamente su influencia maternal por toda la tierra.

La imagen de la virgen de Monserrat se venera hoy en el altar mayor de la Basilica, en su propio camarín. Es de madera, viste manto de oro, túnica interior también dorada y velo policromado; lleva toca y ciñe corona de la misma madera, así como el niño que tiene en su regazo; la silla es también de madera, dorada, cuyos brazos rematan en óvalo y su parte posterior en semicircular; los pies de la virgen, ricamente calzados, descansan sobre una almohada; tiene la virgen su mano derecha levantada y sosteniendo con ella una esfera, que figura un mundo, y la izquierda, algo levantada en aptitud de sostener al niño, pero hoy sostiene un cetro; la cara y las manos, así de la Madre como del Hijo, son de color moreno o más bien negro; la imagen mide en conjunto 95 centímetros de alto por 35 de ancho; es de estilo románicocatalán del siglo XII, y puede citarse como un ejemplar notable de la época. Cuando comenzó la costumbre de vestir las imágenes se le adaptaron largos vestidos que la hacen aparecer mucho mayor de lo que es en realidad. Desde 1599 hasta nuestros días hubo necesidad de ocultar varias veces la imagen con motivo de graves desórdenes públicos. La última vez que se ocultó fué en 1909, con motivo de la tristemente célebre semana trágica de Barcelona.

El 11 de Septiembre de 1881, la virgen de Monserrat fué solemnemente coronada por autorización de León XIII, el cual la declaró canónicamente Patrona de Cataluña.



Fachada de la iglesia del Monasterio de Monserrat



Cataluña.—Aplech de la Sardana en Valldejpera, frente a la «Villa Juana» donde murió el gran poeta *Mosén Jacinto Verdaguer*
Fot. Badosa.

LA SARDANA



LA SARDANA AUNQUE SE BAILE EN toda Cataluña es esencialmente la danza nacional del Ampurdán. Es el baile del pueblo. Los que danzan se dan las manos sin preocuparse de edades, condiciones ni fortuna. La Sardana no se parece en cosa alguna a las danzas y pantomimas modernas ciertamente no muy edificantes. Tampoco tiene parecido de ninguna clase con los demás bailes populares españoles. Moralmente y artísticamente la Sardana puede decirse que es la antítesis de esas danzas castizas que revelan hasta en sus nombres falta de seriedad y sobra de impúdica gentileza.

La mayoría de esas danzas populares son de un fondo pernicioso y de una forma desprovista en absoluto de la solemnidad y gravedad de la Sardana, que más que un baile es una ceremonia esencialmente religiosa como se ve bien a las claras por los temas de sus cantos primitivos, la seriedad en el rostro de los danzantes, la disposición de la rueda, el compás uniforme y la melancolía de la música. Esta música rompe generalmente con un introito vigoroso que es el *contrapás sardá*. Por su corte desigual y brusco, por su tono que corre toda la escala, desde las notas más bajas a las más agudas, y por su compás acelerado (si es que en realidad puede marcarse el compás) parece ese introito la expresión musical de un canto de victoria al que acompañan los saltos de los bailarines, quienes en forma de cadena y asidos de las manos recorren la plaza o el bosque punteando y cruzando los pies como si en el suelo señalasen extrañas y rarísimas figuras. Decididamente el *contrapás*, según algunos historiadores, es una danza pírrica o militar. De igual modo que la ejecutaron en el Asia los curetes y coribantes armados (que en este ejercicio eran famosísimos) y a la manera tal vez de los etruscos, de quienes lo aprendieron los romanos, se danza el *contrapás* en el Ampurdán, en la Cerdaña y en el Rosellón; bien que ya naturalmente, ha caído en desuso bailararlo con las espadas, rodela o lanzas cortas de los etruscos según se hallan figurados en una urna de plata del Museo de Florencia.

En esta danza existe el *contrapás corto*, el *largo*, el *sardo*, y la *porsigola*, que sólo se diferencian por el motivo musical, pero que en el fondo son una sola y única danza, pues tienen de común la misma irregularidad en la división de compases, lo que ha dado motivo para decir, no sin razón, que el canto de esta danza era libre, siendo una especie de *canto llano*. Solo en la poesía hebreaica y en la distribución singular de algunos versículos de los Salmos se encuentra algún parecido.

Cada día se echan más en olvido los antiquísimos romances con los cuales era uso acompañar la cadencia del *contrapás*. Esas rimas revelan su origen antiquísimo. Lo demuestra la forma de su metro y el asunto religioso que dió tema a muchas de ellas, entre las cuales se destacan por su sencillez y su emoción una cuyo tema es la Pasión y Muerta de Nuestro Señor Jesucristo, y otra en que se apunta el concepto del Juicio final y que acaso fué obra de un ingenio de la Edad Media que se propuso velar sombriamente o trocar el recuerdo de un canto báquico. De todos modos es singular que fuera siempre religioso el romance que se cantara a compás de esta danza si bien en los tiempos modernos y con escasísimo acierto se hayan introducido determinadas canciones para satirizar o recordar tan solo a un personaje más o menos oscuro o a un caudillo o guerrillero de pasadas revueltas populares. Si el espacio nos lo permitiese, reproduciríamos el canto religioso de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, que se cantaba antiguamente en el Ampurdán siguiendo el ritmo del *contrapás largo* y probándose con ello la religiosidad y solemnidad de esta danza.

Estos bailes populares, estas fiestas llenas de ingenuidad y limpias de picardía, sencillas y alegres y solemnes y graves al mismo tiempo, son, al decir de Jovellanos, muy del gusto de los pueblos no corrompidos por el lujo. La Sardana, en su primitivo espíritu, era eso: una prueba elocuente de la religiosidad popular y un alto ejemplo de gracia y gallardía que la excluye brillantemente de las danzas inmorales y los festejos ruines tan en boga hoy, por desgracia, en todos los países del mundo.

EL MUSEO

EPISCOPAL

DE VICH



EL MUSEO EPISCOPAL DE VICH ES acaso el Museo Arqueológico más interesante que existe en Cataluña. Lo fundó el célebre Obispo doctor Morgades quien, en menos de tres años, supo reunir más de cuatro mil objetos que estaban esparcidos por las Iglesias y conventos de la Diócesis de Vich.

El ilustre fundador de este Museo confió la colección



«La Santa Faz». Tabla de Bartolomé Bermeja que se considera como la joya más preciada del Museo Episcopal de Vich



«La Anunciación». Tabla pintada en 1470 que se conserva en el Museo de Vich

de obras artísticas que había logrado reunir, al arqueólogo D. José Gudiol y Cunill, distinguido autor de una interesante obra de arqueología catalana. Este Museo es, principalmente, interesante desde el punto de vista de la evolución del arte catalán durante los siglos x al xviii. Se divide en dos secciones: religiosa y civil, y presenta en cada una de ellas ricas series de objetos de gran valor y marcado estilo catalán. La pintura religiosa está representada en su estado primitivo por unos *panneaux* romanos parecidos a los que se guardan en el Museo de Barcelona. Entre los más famosos hay unos que se remontan al siglo xi y que representan la historia de San Martín y Santa Margarita. El convento de Santa Clara, de Vich, dió al Museo una de sus piezas más preciosas: un retablo del siglo xiv pintado por Borrassá, uno de los más famosos pintores de la escuela catalana. Todas las partes de este conjunto no son del mismo valor. En general, las figuras, aisladas, son superiores a la composición; y alguna figura, como la de Santa Clara, es una verdadera obra maestra. Sin embargo, el cuadro representando *Jesús en casa del Rey Abgar*, es un ensayo interesante de composición. A la escuela del siglo xv pertenece un curioso *San Agustín* escribiendo, donde la celda en que aparece el Santo nos da la idea exacta de un gabinete catalán de la misma época. La perla de la colección de pintura del Museo de Vich, es una Santa Faz original de Bartolomé Bermeja, el autor de *San Miguel de Tous*, que pertenece a la colección de *Wernher*, y de la *Piedad*, obra notabilísima sobre la cual hizo un estudio admirable el crítico francés M. Bertaux. La Santa Faz del Museo de Vich ofrece tal conocimiento del dibujo, tal minuciosidad de ejecución, tal profundidad de sentimiento, que hace pensar en el pincel de Alberto Durero y parece la última palabra del dolor físico y del dolor moral.

El Sr. Gudiol Cunill descubrió la obra de un pintor



«Jesús y el Rey Abgar». Tabla del pintor catalán Luis Borrassí (año 1414)

navarro llamado Juan Gascó, que trabajó en Vich desde 1502 a 1529 y pintó allí más de 40 obras. Entre los cuadros de Gascó, conservados en el Museo de Vich, merecen cita se las figuras de San Juan Bautista y de San Juan Evangelista, la de Santiago y la de Santa Bárbara. Una de las obras que se consideran maestras, es una Santa Ana a la que Gascó supo dar una expresión de gravedad y de bondad verdaderamente maravillosa.

El Museo de Vich tiene pocas cosas modernas. Una *Adoración de pastores*, de la escuela de Sevilla, muestra lo que sabían hacer en el siglo xviii los últimos representantes de la escuela de Murillo.

El mobiliario eclesiástico tiene en el Museo de Vich un número considerable de piezas. Entre las más interesantes citaremos un marfil bizantino del siglo xi y algunos crucifijos en madera de un tipo tan antiguo, que se ha hecho remontar el más viejo al siglo x. La escultura ofrece en este Museo más curiosidades que obras maestras; sin embargo, hay una linda Virgen en mármol blanco notablemente esculpida y que es, indudablemente, un modelo de expresión tierna y candorosa. Los tisús y los bordados constituyen uno de los fondos más ricos del Museo. Hay una colección espléndida de tisús antiguos, capas pluviales, dalmáticas, casullas, mitras y frontales de altar, de una gran variedad y verdadera belleza. Existe un tisú oriental del siglo xi, decorado con pavos reales y leones alados con ojos extraños, raros y singulares; el sudario de San Bernaldo Calvo, Obispo que fué de Vich en el siglo xiii, la mitra del mismo Obispo, su casulla con águilas bordadas, su alba que está casi intacta y ornada de cruces; una capa de terciopelo carmesí, de fabricación inglesa, del siglo xv; un tisú árabe del siglo xii; un frente de altar del siglo xiv, obra maestra de bordado que contiene 130 figuras; otro

frente de altar del siglo xv representando la Adoración de los Reyes Magos, ejemplar único por la belleza del dibujo, la riqueza y el fundido de los matices, la nobleza de los tipos y la verdad de las actitudes, y una gualdrapa del siglo xiv para atril o facistol en terciopelo carmesí con bordados, representando la Natividad y la Epifanía.

El Museo posee algunas bellas piezas antiguas de cuero estampado pintado y dorado, especies preciosas de una industria desaparecida y que fué una de las más originales y suntuosas de España. Los bronceos, las insignias y los demás objetos del arte civil que hay en el Museo, no son menos interesantes que la colección religiosa. Las vitrinas contienen, al propio tiempo que valiosas alhajas, numerosos objetos antiquísimos de bronce y otras materias tales como medallones, broches, sortijas, relojes, dijes, tabaqueras y abanicos. La sección de indumentaria guarda varios modelos de la ropa que usaban los catalanes en el siglo xviii. En mobiliario hay riqueza variada, bellas piezas de tapicería del siglo xviii, francesas e italianas; un cofre de madera del siglo xix; otros cofres del siglo xv y xvi, arcas de madera recubiertas de cuero y ornadas de gruesos clavos, y otros muebles que permiten seguir el estudio de la evolución del arte catalán. Hay también cornucopias, relojes, braseros, lámparas, instrumentos de música y otros numerosos objetos que completan esta hermosa y valiosa colección. La cerámica está representada por mayólicas de los siglos xvi y xvii de fabricación andaluza y valenciana y lozas pintadas de fabricación valenciana, catalana e italiana. En orfebrería y objetos de metal hay ejemplares preciosos.

Este es, a grandes rasgos, el Museo Episcopal de Vich, el más interesante, acaso, de Cataluña y uno de los más notables de España.



«San Vicente». Notable obra del pintor navarro Gascó (1520)



Santiago Rusiñol, insigne pintor y dramaturgo catalán

EL ARTE Y LA LITERATURA EN CATALUÑA



NO SE CREA, POR EL TÍTULO de esta breve información, que en un espacio tan limitado pretendemos hacer una historia completa de la literatura y del arte en Cataluña. Nos proponemos tan sólo conceder a esos aspectos de la intelectualidad catalana el homenaje que es de justicia rendirle en este número de VOLUNTAD, que casi por entero va dedicado a Cataluña. Esta hermosa región fué siempre patria-cuna de esclarecidos ingenios en todas las manifestaciones artísticas, pero acaso más que en ningún otro arte es en la literatura, en la poesía, en la novela, en el teatro y en el libro donde brilla mayor número de inteligencias selectas y cultivadas. No nos referimos al día de hoy solamente. Desde el resurgimiento de la literatura catalana, producido en la Edad Media, y a raíz del gran impulso romántico que le dieron a su idioma los Aribau, Rubió y Ors, Boffarull, Aguiló, y, más adelante, el célebre Víctor Balaguer; desde esa época, tan famosa en la historia literaria de Cataluña, hasta el año 1877, en que, con el gran poema *La*



Fragmento del hermoso grupo escultórico modelado por el escultor catalán Miguel Blay, destinado al Palácio de la Música catalana



Estudiantes de Vich.—Cuadro del pintor catalán Julio Moisés.

Atlántida, hizo su aparición en el mundo literario Mosén Jacinto Verdaguer, el artífice más puro, el genio más perdurable de la lírica catalana, el hermano espiritual del Beato Angélico y de San Juan de la Cruz, como muy acertadamente le consideran algunos críticos de nuestros días; desde esa evolución romántica que acrecentó el cultivo de esa lengua *más dulce que la miel*, según uno de sus más felices cultivadores, y desde ese memorable triunfo del celeberrimo autor de los *Idilios* y *Cantos Místicos*, no ha cesado Cataluña de producir artistas singulares, poetas delicadísimos, dramaturgos excelentes, escritores de fino temperamento, novelistas de aguda y sana observación: cantores de sus leyendas, ensalzadores de sus primitivas y religiosas costumbres, amorosos juglares de sus ricas y bellas tradiciones, buscadores de esas perlas del sentimiento y de la emoción popular que para gala de Cataluña y alto ejemplo de amor a la tierra madre cantó un día Mosén Jacinto en su hermoso poema *El Canigó*.

Posteriormente, y ya en otro campo distinto, ¿quién no conoce la obra de Angel Guimerá? *Tierra baja*, *María*

Rosa y *Mar y Cielo* son, sin duda alguna, sus más populares dramas. Guimerá, según los críticos de todos los matices, ha sido el creador del teatro catalán. Ciertamente que antes que él hubo otros autores muy apreciados por el público y la crítica, pero ninguno, ni el más popular de todos, que fué *Serafí Pitarra*, pueden colocarse al lado de Guimerá. Rusiñol, el célebre pintor-poeta enamorado de los jardines y los verjeles abandonados, ha contribuído eficazmente al engrandecimiento de la literatura catalana dando al teatro y al libro producciones muy felices, que, al mismo tiempo que sus cuadros, han cimentado su fama de poeta, de dramaturgo y pintor.

Una de las efemérides más interesantes del teatro catalán es, sin duda, la fundación del *Teatro Intim* (1898) que organizó en Octubre del mismo año al aire libre y en el Laberinto del Marqués de Alfarrás, la representación de la *Ifigenia*, de Goethe, traducida por Juan Maragall, que es, indudablemente, el poeta lírico de Cataluña que en más puntos coincide y en más extremos se identifica con el gran Jacinto Verdaguer. El sentimiento

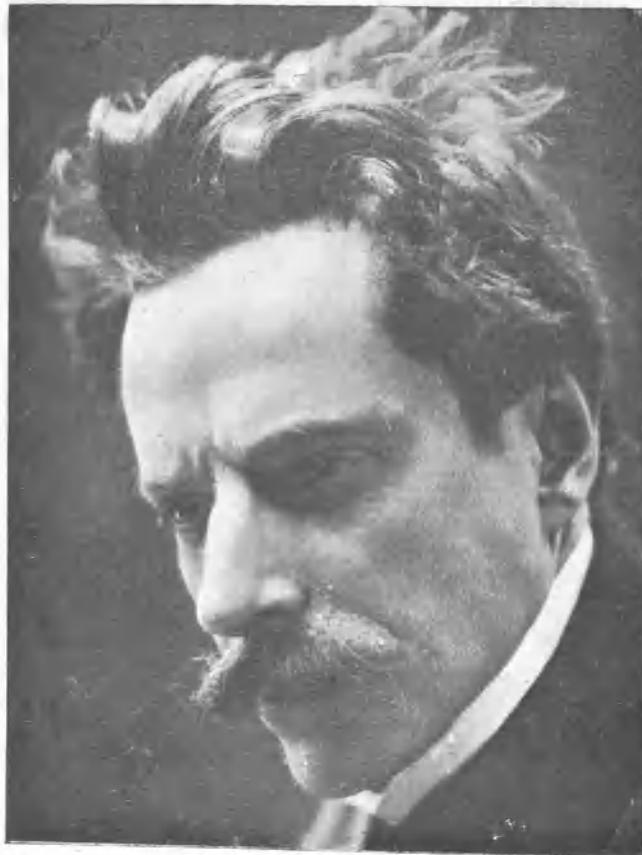


Paisaje de Aranjuez, por Santiago Rusiñol

religioso es el tesoro más rico que hay en la obra de Maragall. Tan grande fué su prestigio, que llegó a tener discípulos notables, ingenios claros y abiertos a la infinita verdad, que han seguido paso a paso la dulce senda del maestro. Sería injusto olvidar en estas líneas la interesante figura de una mujer ilustre que en la literatura catalana ha conseguido éxitos singulares. Nos referimos a Catalina Albert, que ha popularizado en toda España el pseudónimo de *Víctor Catalá*, y que ya honró nuestras páginas con su firma prestigiosa. Otras escritoras y poetisas hubo y hay en Cataluña, y entre ellas merecen especial mención María Antonia Salvá y Clementina Arderiu, que cultivan con gran acierto sus nobles y puras aficiones.

En la crítica, en la filología y en la historia ha tenido y tiene Cataluña prestigios muy singulares. Con tendencias distintas y con personalidad bien diferente han sobresalido en el cultivo de esa clase de trabajos

Manuel de Montoliu, Jaime Massó y Torrents, Gabriel Alomar, Pompeyo Gener, Pedro Corominas, Eugenio d'Ors, Antonio Rubió y Lluch (condiscípulo de Menéndez Pelayo), José Ixart, José Soler y Miguel—cuyo libro póstumo fué prologado por Maragall—, Pérez Jorba, Alejandro Plana, Farrán y Mayorall, el obispo Torrás Bages, Mosén Antonio Alcover, maestro de *Folklore*; Pompeyo Fabra, filólogo; Luis Segalá, hebraísta; Rovira y Virgili, Salvador Sempere, los nuevos críticos de arte Román Jori y Feliú Elías (*Joan Sacs*)



El maestro Moreva



Jardines de Aranjuez.—Cuadro de Rusiñol

y Cipriano de Montoliu, que se dedica preferentemente a los estudios sociales. Entre los pintores contemporáneos, los más conocidos y populares, además de Rusiñol, son: Joaquín Mir, Eliseo Meifren, Ramón Casas, Salvador Raurich, Félix Mestres, Puig Perucho y Gili y Roig. En la escultura, y aparte del malogrado Agustín Querol, han sido ya consagrados por el público y la crítica los ilustres Miguel Blay, Juan José Llimona, los hermanos Oslé, Casanovas, Borrrell Nicolau y otros que siguen con entusiasmo la meditada y brillante obra de estos famosos artistas. Entre los nuevos pintores catalanes merecen especial mención Julio Moisés y Francisco Beltrán, cuyos cuadros han recorrido ya en triunfo las más impor-

tantes Exposiciones de España y del Extranjero. De los músicos modernos son los más elogiados el maestro Mo-

rera y el célebre Amadeo Vives, que ha hecho popular su nombre con sus grandes éxitos teatrales.

En arte y en literatura, como en las restantes manifestaciones de la ciencia, del trabajo, de la industria y del comercio puede asegurarse que Cataluña no va nunca a la zaga de ningún país civilizado. Así lo patentiza diariamente la magnífica obra de sus fecundos ingenios y la labor constante y meritoria de sus hombres de buena fe, que en los modernos naufragios de la moral pública y privada no han perdido la intangible pureza de sus nobles y bellos ideales.

BENIFERNÁN

(Fotos Vidal).



Amadeo Vives

LOS ESTUDIANTES



SEÑALA UN CORTE RADICAL en la vida del estudiante la fecha del primero de Octubre. Singularmente, en la vida del estudiante que abandona su hogar para ingresar en un Colegio o para acudir a la urbe y ponerse en contacto con el Instituto, la Escuela o la Universidad.

Es el momento en que la íntima convivencia familiar queda para él interrumpida, y en que bruscamente pierde la directa asistencia paterna, vigilante y amorosa siempre.

El problema de la educación individual queda, en principio al menos, resuelto, cuando el estudiante continúa junto a sus padres o entra en un Colegio. Pero estas ventajas solamente alcanzan al reducido sector de familias que puedan vivir en capitales o que disfruten de desahogada posición social.

El Colegio, por otra parte, tiene en España un limitado radio de acción. La segunda enseñanza está en ese orden más ampliamente servida. De estudios superiores, aunque buenos, son contadísimos los Colegios que existen, y los pocos que hay viven exclusivamente de la iniciativa y del esfuerzo privados. El Estado y la sociedad desatienden esa primaria función pedagógica. Algo se ha intentado hacer con la Residencia de Estudiantes —que el presupuesto de Instrucción pública dota sin regateos—, excelentemente montada y organizada en el orden material y técnico, pero cuya orientación moral y pedagógica no puede satisfacernos plenamente a los católicos.

Ausente la iniciativa social de las clases que debieran ejercerla, cumple a los estudiantes acometer la obra y ser ellos mismos, a la par, fautores y autores de su propia dignificación y mejoramiento.

Parte de la empresa, aquella que se refiere a mejoras generales de la enseñanza o de la clase escolar, ventajas de orden material, organización de expediciones científicas, artísticas o deportivas, pensiones, etc., puede ser llevada a cabo por las Asociaciones de estudiantes en que figuren la totalidad de una Facultad o de una Escuela.

Mas no es eso todo. En el alma joven y luminosa del estudiante alientan con más vigor que los estímulos de carácter material y utilitario, las nobles inquietudes espirituales, avivadas al trocar el ambiente sereno de la casa por la agitada vida de la capital, donde el estudian-



Madrid.—*Biblioteca y Museo de Arte Moderno*

te viene a ser incitado por las más contrapuestas tendencias ideológicas y sociales. ¡Cuántos jóvenes de sana formación espiritual, acrisolada y depurada en el hogar paterno, han visto por aquella causa torcidas sus ideas, quebrado su carácter y quizá pervertidos sus hábitos y deshecha su vida!

El niño que empieza a ser hombre, el hombre que va dejando de ser niño, son plantas hartó delicadas para pasarlas al sospechoso terreno de la casa de huéspedes, donde promiscúan los más variados tipos de la flora social.

Aun a trueque de volver sobre ideas que, de palabra, expuse en el mitin de estudiantes celebrado el mes de Mayo en el teatro de la Zarzuela, he de insistir en la urgente necesidad de que se creen Residencias y Casas de Estudio y de honesto recreo para estudiantes y en la conveniencia de que la Confederación Nacional de Estudiantes católicos no quede a la zaga en la realización de estos proyectos. No se trata de engarzar bellas frases, sino de estimular voluntades adormecidas; y, en una obra de acción como es ésta, la insistencia, la reiteración en el apremio, hállase justificada por la índole de la empresa y por la magnitud del esfuerzo perseverante que su consecución requiere.

Afortunadamente, la tradición escolar española nos brinda tipos de Colegios que alcanzaron en nuestra época de esplendor el prestigio social que hoy rodea a los Colegios ingleses y americanos.

La Confederación Nacional de Estudiantes católicos podría infundir a los Centros que se crearan, la alta orientación ideológica, verdadera *alma mater* de las promociones estudiantiles que en ellos se agrupasen, espontáneamente atraídas por afinidades de pensamiento y de creencias. Tal objetivo resultaría frustrado en manos de Asociaciones neutras, mudas ante los más hondos problemas, aquellos que suscitan la anhelante interrogación de todo espíritu no envejecido por el escepticismo.

Mas no se pierda de vista que la obra a emprender es una obra constructiva, y que lo interesante en ella son las afirmaciones fecundas.

No es ociosa la advertencia. La mayor y mejor parte de las energías individuales y colectivas suelen malgastarse en estériles negaciones.

Los estudiantes católicos no deben incurrir en ese lamentable error. Lejos de romper la convivencia con las restantes Asociaciones escolares, importa que mantengan relaciones cordiales con todas y se preocupen en mejorar su propia organización. La diversidad de fines justifica la diversidad de Asociaciones, sin que ello suponga obligadamente choques ni pugnas que el buen sentido de todos evitará, de seguro.

La virtualidad del esfuerzo ha de cimentarse más en el amor a las convicciones que se sustenten, que en el encono hacia las ideas y los métodos adversos.

El capital escollo que se les presentará en el camino y que han de prever las Asociaciones estudiantiles es de orden económico. Hablemos de este punto concreto, ya que en el breve espacio de un artículo no es posible hablar íntegramente de los fines y de la organización de tales Asociaciones. La finalidad de estas líneas es precisamente despertar el interés y tratar de mover la voluntad de todos aquellos que pueden y deben, y es de esperar que quieran coadyuvar eficazmente a salvar los obstáculos.

Sin dinero y sin experiencia para manejarlo, los más bellos proyectos fracasarían en la práctica. Entendiéndolo así, con previsora perspicacia, la Confederación Nacional de Estudiantes católicos dispónese a solicitar la colaboración de elementos estrechamente obligados a prestársela.

A este fin ha ideado la creación de un Consejo confederal que ilustre y asesore en todas las cuestiones económicas y financieras: adquisición y enajenación de bienes, construcción de edificios, operaciones bancarias, aceptación de legados, etc. Integrarán este Consejo personalidades de capacidad técnica, financiera o social asiduamente preocupadas de los problemas pedagógicos y democráticamente elegidas por la Asamblea confederal, en la que tienen voto los representantes de la Federación de Madrid y de las Federaciones provinciales.

Sus funciones serán muy circunscritas y no entorpecerán el libre desenvolvimiento de las iniciativas escolares en todo cuanto no afecte a la solvencia económica de su organización, ya que la solvencia moral queda, desde luego, a salvo, tratándose de gente joven, pura y generosa.

Rodeada de estas garantías de madurez y de experiencia, la gestión financiera de las Asociaciones escolares católicas, será plenamente merecedora de la confianza de todos aquellos elementos pudientes obligados a prestarles su asistencia y cooperación. No tendrán motivo ni pretexto para regateárselas.

Los estudiantes católicos han demostrado con hechos que su labor es merecedora de alentador estímulo. Reciente aún el nacimiento de sus Asociaciones, han conseguido que en alguna de las Facultades universitarias el número de los adheridos alcance la elevada proporción de un 80 por 100. Han logrado extender la organización a provincias, y han dado fe de vida en actos de propaganda, modelo de seriedad, al propio tiempo que de entusiasmo.

La Confederación Nacional española se ha adherido a la Internacional de Estudiantes católicos, que tiene su sede en Friburgo, y de la que forman parte Asociaciones de Francia, Alemania, Bélgica, Austria, Italia, Holanda, Lituania, Yugo eslavía, Hungría y Checoslovaquia.

La Internacional celebró recientemente en Yugo eslavía un Congreso, en el que estuvo representada España, y que constituyó un bello ejemplo de cómo la juventud católica ha sido la primera en olvidar los fratricidas enconos de la gran guerra.

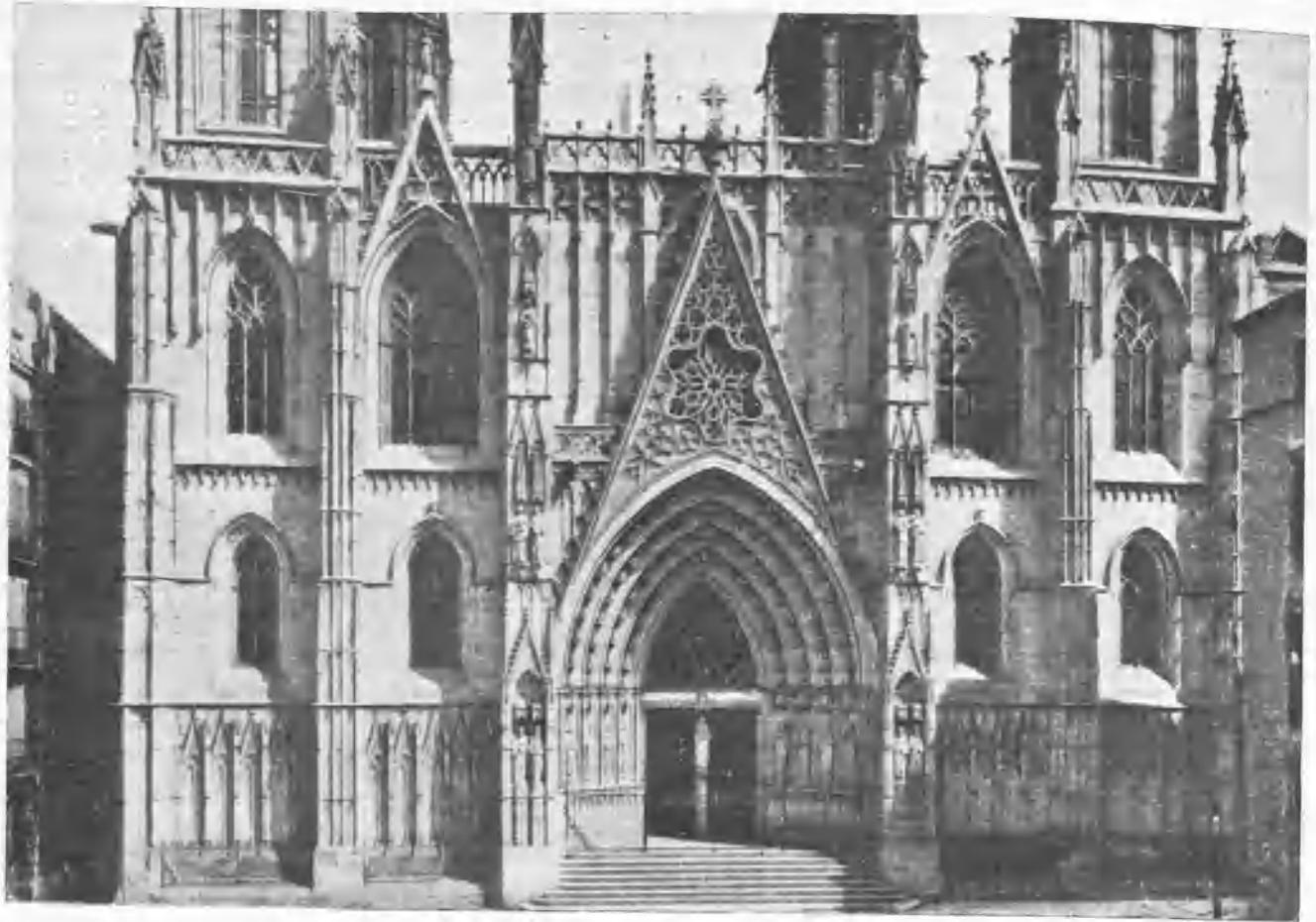
Se ha puesto, además, en relación permanente con las Asociaciones estudiantiles católicas de Chile y sigue negociaciones para establecerla con las de la Argentina, que cuentan con periódico propio (*La Tribuna Universitaria*) y con un Ateneo de la juventud, modelo en su género. Así realiza la Confederación una obra práctica de aproximación espiritual entre las nuevas generaciones de uno y otro lado del Atlántico, que llevan sangre española.

Todos estos son los primeros jalones de la labor que les corresponde llevar a cabo. Precisa puntualizar los ideales pedagógicos y sociales, fortificar la organización interna, intensificar la propaganda, acometer la implantación de Cooperativas y Mutualidades, habilitar o levantar edificios adecuados para Residencias, Ateneos y Oficinas; extender la organización a todas las provincias; evitar el centralismo, pero huir también de la falta de coordinación en los esfuerzos comunes; interesar en la obra a los padres de familia y a los profesores, cuya cooperación puede ser eficazísima.

La Confederación Nacional de Estudiantes católicos se hallará cabalmente constituida, cuando vengan a integrarla, juntamente con las Asociaciones escolares que ya funcionan, las Asociaciones femeninas que se están formando, y cuya necesidad es palmaria, por el creciente número de alumnas que cursan sus estudios, no ya sólo en las Normales y en los Institutos, sino también en las Universidades.

Lo sugestivo de este último tema, singularmente para una revista como *VOLUNTAD*, bien merece los honores de reservarle un artículo aparte, que podrá ser perfilado cuando los trabajos preparatorios, hoy en gestación bajo prometedores auspicios, culminen en halagadora realidad.

JOSÉ DE YANGUAS MESSIA



Barcelona.—Vista de la Catedral

Fot. Vidal.

RAFAGAS DE MI TIERRA

LOS QUE HEMOS SUFRIDO LA AUSENCIA de la patria, los que abandonando por unos años la Patria chica volvemos a radicarnos donde nacieron nuestros mayores, donde nuestros labios aprendieron a hablar contemplando el casto rostro de la mujer que nos trajo a la vida. ¡Estamos acérrimamente enamorados de la región a la que nos ligan lazos indisolubles.

¡Cuánto la hemos querido, ausentes de ella!

Y sinceramente, aquí procuramos agasajarla, cual merece, por su carácter de ancianidad, procuramos rejuvenecerla alargándole la existencia ya que sabemos y pregonamos es orgullo el hacerla grande, ejemplarmente progresiva.

Cataluña está pletórica y Barcelona reservada a altos destinos.

Ejemplo da con sus escuelas industriales, con sus fábricas montadas a la europea, sus medios de comunicaciones terrestres y marítimas, amén de sus comercios tan justamente ponderados.

Por su situación topográfica es la ciudad condal admirable así como por la benignidad del clima de que disfruta se capta simpatías.

En menos de un cuarto de siglo, la hemos visto crecer y prosperar, es una urbe populosa, cosmopolita y casi privilegiada; tanto es así, que permite en todo tiempo, la afluencia de extranjeros.

Así lo han entendido quienes les ha sido dable poder demostrar que en España convenía acoplar los adelantos de la industria, ya que será un hecho la Exposición de industrias eléctricas en el monte cuyos pies besa el Mediterráneo y que en remota edad sustentó un templo consagrado a Júpiter.

El pasaje que era denominado Monte de Jore o Mous-Jovis, constituyó estratégico punto de la antigua Barcino, joyel en la actualidad de Iberia.

La montaña es el famoso Montjuich, y ofrece, merced a la

labor de un puñado de hombres animosos, planicies que permitirán emplazar en ellas los más estupendos adelantos del saber humano.

Ya que VOLUNTAD dedica el presente número a Barcelona aprovecho la coyuntura para hacer un ruego.

Nuestros bisabuelos vieron el Montjuich fortificado y nosotros lo deseamos completamente *desarmado*, más claro: el celeberrimo castillo que lo corona debiera desaparecer máxime ahora si se tiene en cuenta la fiebre de trabajo de que estamos posesos.

Los alrededores de la ciudad son magníficos, el embellecimiento debe proseguir y de punta a punta, desde el Tibidabo al Montjuich debe ser una corola gaya.

La parte que podemos denominar baja, la zona que limita con el puerto es importante, y sin embargo, carece de cuidados. Opinamos que el Estado puede, si quiere, obrar en pro de la urbanización del radio indicado, cediendo al Ayuntamiento la parte del mentado castillo y también el terreno que ocupa el cuartel de artillería en la Puerta de la Paz, contiguo al monumento a Colón.

Así el pináculo del monte podría servir de mirador y el perímetro cercano al desembarcadero, capaz sería de contener un bello jardín en el que podría erigirse elegante Hotel; no divagamos, no soñamos, lo expuesto es el grito de las exigencias de la vida en toda su modernidad, ya que dando impulso a tal idea desaparecerían ciertas casuchas que en nada favorece una de las *puertas* del primer puerto mediterráneo.

Parece ser que nuestro Soberano vendrá a esta con alguna frecuencia; pues bien, los ministros, sus acompañantes, deben estudiar sobre el terreno y resolver con entero e imparcial conocimiento.

Tengamos todos bien presente que la montaña de Montjuich convertida en otra avenida del Tibidabo podría ligar con nuestras únicas Ramblas y la metamorfosis completaría el refrán: miel sobre hojuelas...

En lo tocante a casas de arte, Barcelona ocupa lugar muy señalado, tiempo ha que goza fama en el orden estético, su historia artística es esplendorosa y sus actuales luchas interesantes.

Los artistas catalanes no van en pos de un ideal común, predomina un gusto especial sin estilo determinado, tanto en el dibujo como en el colorido que de día en día va alejándose de la escuela catalana.

Se presentan figuras sin asomo de academismos procurando —con trazos más o menos originales— hacer concepciones rebosantes de modernidad dentro una técnica aceptable en ocasiones y a veces digna de censura. Aceptable cuando hay originalidad.

Los paisajistas vienen a constituir dos grupos; uno de artistas elegíacos, apacibles, otro formado por sensacionalistas.

El dibujante, por lo general, tiende hacia lo irónico y enérgico.

Cataluña ha dado buen número de escultores de primera línea, posiblemente en proporción mayor que otros países. También los pintores escenógrafos y los decoradores tienen gloriosa dinastía.

En cuanto a arquitectura, merecidamente discutida, no ocupa Cataluña secundario lugar ya que alguna obra pétreo disfruta de resonancia mundial.

Nuestro arte contemporáneo, en cuanto a técnica, está muy acreditado, aunque preciso es confesar que todos los meridionales somos inquietos, sentimos afecto por algo ignoto y un inexplicable anhelo nos hace mirar, o mejor, ir hacia innovaciones, novedades que andando el tiempo vendrán a ser cimientos de un nuevo renacimiento que acaso antes de llegar a la estabilidad luchará el Arte entre críticas y siseos pero posible sea el que surja un super-artista que reúna las maravillosas dotes del incommensurable autor de «Las Meninas», el color puesto con nerviosismo que implantara Goya, la elegancia y sabiduría de las composiciones y del dibujo de Fortuny, en fin, bien puede ser que aparezca un hombre que sea perfecto en las perfecciones del divino arte.

Los barceloneses podemos vanagloriarnos de tener a Casas, Mir, Rusiñol, Canals, Raurich, Anglada, Urgell, Meifren, Galvez y Moisés, entre los pintores; Más y Fondevila, que mandan a la sanción mundial sus obras, algunas de las cuales quedarán; los maestros en la escultura Blay, Claró, Llimona, Borrell, Nicolau, Arnán, Fuxá.

Dibujantes que se llaman Bogaria, Apeles Mestres, Ribas, Farré, Apa, Cornet, Cardunets.

Conocidos son los escenógrafos Vilumura, Junyent, Alarma, Castell.

Y los arquitectos Gandí, Sogniér, Domenéch, Puig y Cadafalch, son notables dentro la diversidad de estilos.

Con tan valiosos elementos, cuyas enseñanzas de tanto sirven, no es aventurado el augurar un resurgimiento impetuoso en el arte catalán y, como ya es sabido, las Bellas Artes influyen en la marcha de los pueblos, puede aplicarse la consecuencia.

Cuenta esta ciudad con el Real Círculo Artístico, Círculo Artístico de San Lluç; Foment de las Arts Decorativas; Les Arts y el Artistes y otras entidades de carácter marcadamente artístico, que permiten la agrupación de las fuerzas vivas, de los cultivadores de las distintas ramificaciones del arte. En proyecto está la Casa de la Prensa y Bellas Artes.

No recuerdo que exista otra localidad que disponga de mayor número de salones destinados a Exposiciones individuales y que con tanta asiduidad se vayan sucediendo las exhibiciones. Es patriarcal la casa Parés, tradicional cuna de numero-

sos artistas regionales, y ha tenido la supremacía desde el año 1848; es una sala *verdad*, única por ahora en España y puede decirse que no existen dos en el extranjero para el fin a que está destinada, puesto que aparte de las dimensiones permite visitar toda exposición con luz diurna y anochecido.

Síguenle el local «Galerías Layetanas», albergue de arte clásico y moderno; «Galería Dalmau», recinto casi consagrado al cubismo; Saló Serra y otros.

Y desde hace cosa de unos cuatro años se lleva vendida respetable cantidad de originales, lo que viene a demostrar que aquí la educación moral aumenta al unísono del confort. Una cosa digna de mentarse es el hecho que esas exposiciones, tan convenientes para el fomento de la cultura, son visitadas, claro está, por personas pudientes pero la clase obrera y aún la humilde no las echa al olvido.

¿Qué prueba eso? Que el pueblo catalán tiene «espiritualidad».

A fuer de sincero he de verter alguna consideración aclarando algún extremo.

Lástima grande para el arte en general y muy especialmente para la pléyade de artistas noveles es el que no se miran en el espejo de la tradición neta, genuina y brillante de pintura catalana.

Viladomat y Montaña fueron, hasta cierto punto, el Velázquez y el Tiepolo catalanes, de quienes se ha perdido la herencia que nos legaron; bien está que a través de los años háyanse perdido ramplones moldes y pragmáticas poco menos que arcaicas reñidos en un todo con la noble copia del natural. La carrera más liberal es la del arte ensalzada con el colorismo que han impuesto las tendencias modernas, rientes, lozanas.

Pero no cabe que se pueda tolerar el dibujo incorrecto profanador de la forma.

Después de la aparición del esplendente astró que se llama Mariano Fortuny vino a ser su satélite, en la pintura del paisaje, Tarti y Alsina quien dió impetus a Urgell (M.), Vayreda y Armet quienes en Olot, allá por el año de 1870 hicieron labor parecida a la de los Corot, Millet, Barbizón y otros pintores que en Fontainebleau sentaron sus reales. Las bellezas del paisaje y la arrogancia de tipos cantadas por Verdaguier, Pittarra, Guimerá, Maragall y otros las plasmaron en lienzos y aun las esculpieron legión de artistas hijos de Cataluña.

Para resumir: en la evocación del arte regional fueron paladines Casas y Rusiñol que tachados de *modernistas* nos trajeron desde el Sena una visualidad de color atrevida pero agradable.

Y de entonces emana el equilibrio. Poco después el malogrado artista, el original Nohell, mantuvo el interés de cuanto siguen la vida pictórica catalana.

Pronto se verá honrado como se merece un catalán insigne, la gran figura del autor de «La Vicaría» se verá perpetuada y popularizada por medio de un monumento. Tardía es la reparación, pero al fin Fortuny, el evolucionista tenaz que supo interpretar en nuestro suelo, primero que nadie, toda la calidad de los efectos de la luz solaz, será homenajeado en el corazón de Barcelona.

La obra definitiva se cimentará en la Plaza Real, cedida por el Ayuntamiento al Comité ejecutivo para dicha finalidad.

¡Capital de Cataluña, laboriosa, emprende empresas, satúrate de arte; goza de la transparencia de tu cielo, contempla tu imagen en las aguas de tu mar; embriégate del perfume de tus montes y entrelaza tu bandera con la enseña de la Patria!

JOAQUÍN CIERVO





EL.—Voy a comprar en la feria avellanas a la *petita*.

ELLA.—No hagas tonterías *Noy*. Compra cacahuets que dan varios en uno.



Barcelona.—Asilo de Santa Lucía para ciegos, situado en las faldas del Tibidabo

INSTITUCIONES BENEFICAS DE BARCELONA

B

ARCELONA OCUPA UN lugar eminentísimo en lo que se refiere a los importantes servicios de la beneficencia social. Es admirable el número y la calidad de establecimientos dedicados a tan útiles servicios y a fines de tan alta moralidad.

Situado entre las calles de Cervelló y Egipcíacas se alza el Hospital de la Santa Cruz, hermoso edificio de planta irregular que se divide en dos grandes departamentos, unidos por un patio pasaje y de sólida construcción. La puerta principal es del siglo XVI, estilo ojival-renacimiento. Fué fundado por Colón en 1229, y en 1401 le fueron unidos los demás hospitales de la ciudad. Un incendio le destruyó parcialmente el año 1638. Desde su fundación admite enfermos de medicina y cirugía sin distinción de procedencia. Hasta 1853, además de hospital y manicomio, fué casa de maternidad y expósitos. Dispone de grandes enfermerías generales que están instaladas en el primer piso. Puede contener cómodamente unos 600 enfermos, pero, ordinariamente, hay muchos más. Son notables el aula de la antigua escuela de Medicina, los azulejos del patio de convalecencia, las escaleras y las salas góticas y la Cruz del patio central.

El Hospital de San Pablo y Casa de Convalecencia

está contiguo al edificio anterior. Su construcción dió principio en el año 1629 y terminó en 1679. Tiene un patio espacioso, magnífico claustro, hermosas y grandes salas y un jardín con naranjos y limoneros.

En las calles de Borrell y Coello se eleva el Hospital del Sagrado Corazón. Está constituido por una crujía central, a la que afluyen perpendicularmente seis cuerpos de edificios de tres pisos destinados a enfermería. Tiene, además, otras dependencias y una sencilla iglesia de gusto bizantino modernizado. Dispone de camas para 120 enfermos.

El Hospital Clínico (Facultad de Medicina) ocupa dos manzanas del Ensanche, entre las calles de Casanova, Provenza, Villarroel y Córcega. Tiene disposición lineal doble, con pabellones paralelos a la fachada principal de uniforme orientación, enlaces regulares de unos cuerpos con otros y facilidad en el servicio por medio de una galería interior. Consta de doce pabellones con dos altos, semisótanos y altillo; los dos posteriores aislados para enfermedades infecciosas, y los diez restantes, cinco para hombres y los otros cinco para mujeres; en la planta baja están los pabellones destinados a enfermos de cirugía y en el primer piso los correspondientes a Medicina general. Hay ocho anfiteatros operatorios; camas para quinientos enfermos y en cada sala cuartos reservados para los enfermos de gravedad, cuarto de baño, comedor de convalecientes y otras dependencias; pabellones para niños; salas de ginecología y obstetricia, calefacción por medio de estufas de aire caliente y venti-

lación bien estudiada; cámaras de hidroterapia, electroterapia y neumo-terapia, y lavadero mecánico con estufas de desinfección y un horno crematorio. La Facultad de Medicina está en el centro del edificio. Su fachada principal da a la calle de Casanova con pórtico monumental. Consta de un paraninfo, tres grandes museos, una biblioteca, dos cátedras en forma de anfiteatro para trescientos alumnos, seis de forma rectangular, dos salas de disección, siete gabinetes, once laboratorios, tres salas para profesores, una cámara frigorífica, un subanfiteatro para practicar la clínica quirúrgica y medicina legal y una *morgue* con cámara frigorífica.

Hay otros Hospitales de verdadera importancia. El Ayuntamiento sostiene catorce Dispensarios a cargo del Cuerpo Médico Municipal. De este Cuerpo depende una sección de Higiene Urbana o Desinfección y otra de Bacteriología o Laboratorio Microbiológico.

La Casa de Caridad de la provincia de Barcelona, se fundó por Carlos III el año 1802 y está dirigida por una Junta, contribuyendo a su sostenimiento la Diputación Provincial con 1.014.000 pesetas, la renta que produce el servicio de coches fúnebres que le tiene concedido el Ayuntamiento y una subvención del Estado. Tienen cómodo y ordenado albergue 2.500 asilados de todas edades, desde tres años a la vejez. La mayor parte de los productos consumidos en la casa proceden de sus mismos talleres de alpargatería, zapatería, sastrería, tejidos de hilo y algodón, carpintería, cerrajería, fabricación de pan, pastas para sopa, jabón, chocolate, etc. Tiene, además, una importante imprenta, que trabaja para el público y para la Diputación Provincial. Cuenta con una banda de música. El servicio general está encomendado a las Hijas de Caridad de San Vicente de Paúl.

Verdadero modelo en su género es la Casa Provincial de Maternidad y Expósitos, que se compone de varios edificios aislados. La Casa municipal de Misericordia es un Asilo para niñas pobres fundado en 1581 por el P. Diego Pérez de Valdivia, canónigo de Barcelona. Tiene actualmente 325 albergados y se admiten desde los tres a los ocho años de edad. La Casa de Infantes huérfanos se fundó en 1370 por D. Guillermo Pou para recoger a los huérfanos de padre y madre de siete a doce años de edad naturales de la Diócesis de Barcelona. En el Asilo municipal del Parque, se alberga durante tres días, a los pobres transeúntes y a los mendigos recogidos en la vía pública; y, provisionalmente, a los locos abandonados. También pueden albergarse durante tres noches los transeúntes faltos de recursos a los cuales se les sirve cena y desayuno. Para la corrección de la infancia delincuente existe el Asilo Durán. El Asilo del Buen Pastor se destina a la moralización de niñas jóvenes y jóvenes desgraciados procedentes de la Casa de Corrección o de la Cárcel. En el Asilo de San Juan de Dios tienen cábida los niños escrufulosos. En las calles de Caspe, Borrell y Torrente de la Holla se alza el Asilo de las Hermanitas de los Pobres con tres importantes establecimientos. En una de las faldas del Tibidabo está el Amparo de Santa Lucía Asilo de ciegos pobres. El Institut del Desert de Sarriá alberga y mantiene a los obreros impedidos para el trabajo. Para el albergue y moralización de las jóvenes extraviadas, cuenta Barcelona con la Casa de Adoradoras del Santísimo Sacramento y con el Asilo de la Visitación de Nuestra Señora. Los niños menesterosos son recogidos en el albergue de San Antonio. El Asilo Naval es muy curioso. Está instalado en la Corbeta Tornado, anclada en el puerto. Alberga a los huérfanos de marino que

piensan dedicarse a la misma profesión que sus padres. Actualmente, hay unos 100 asilados que reciben instrucción primaria y nociones musicales. Con los más adelantados se ha formado una banda de música. La Casa de Lactancia de Barcelona es la primera en su género en España. Funciona desde 1903 y está sostenida por el Municipio. Cuando no pueden las madres amamantar a sus hijos, acuden a este establecimiento provistas del certificado de pobreza mediante el cual se les facilita leche esterilizada. Cada ocho días presentan los niños para pesarlos y anotar las demás observaciones convenientes en el Registro Clínico de cada niño. El resultado tan satisfactorio de este servicio, motivó que el Ayuntamiento lo ampliase estableciendo Sucursales en las barriadas extremas. Existe además el Consultorio de Niños de pecho fundado por el Dr. Vidal y Solares el año 1890. Sostiene 70 lactancias artificiales, dándose a cada niño ocho botellas de leche esterilizada, 480 biberones diarios aproximadamente o sea un promedio de 14.400 biberones al mes. El Ayuntamiento protege a las madres obreras antes y después del puerperio, no solo en beneficio de las madres, sino también de sus hijos; y a dicho fin sostiene un servicio de 20 comadronas que asisten gratuitamente a las enfermas pobres. En la misma forma son asistidas también en el Hospital de la Santa Cruz y en el Clínico.

Existen además varias salas asilos sostenidas por Juntas de Señoras donde se educa, alimenta e instruye a los niños de la clase obrera, para que sus padres puedan dedicarse al trabajo. La Asociación de Amigos de los pobres proporciona gratis de 70 a 80 nodrizas a niños huérfanos de madre o a aquellos cuyos padres no pueden pagar nodriza. La Congregación de la Caridad cristiana costea lactancias por valor de 3.000 pesetas anuales. Para obreros, niños y mujeres, y en general, para personas necesitadas existen tres albergues nocturnos donde el albergado paga por dormir 15 céntimos diarios, excepto los menores de quince años para los cuales es completamente gratuito. La Beneficencia Parroquial distribuye importantes limosnas en metálico y facilita asistencia médica y Medicina a los pobres vergonzantes. Las conferencias de San Vicente de Paúl funcionan en Barcelona desde 1856 y cuentan con más de 500 Secciones. La Beneficencia domiciliaria corre a cargo de los Médicos municipales y de la Congregación de la Caridad Cristiana.

Entre las instituciones benéficas de carácter económico figuran el Montepío Barcelonés y Caja de Ahorros con varias sucursales distribuidas por la capital y el Monte de Piedad de la Esperanza, cuyo objeto es combatir la usura prestando sobre alhajas, géneros y fincas al medio por ciento anual.

Hay en Barcelona además, tres magníficos Manicomios: el de la Santa Cruz, que depende del Hospital del mismo nombre, el de Belén, situado en la falda del Tibidabo, y el de Nueva-Belén que se alza en la vertiente meridional de la expresada montaña. Existe además, un Instituto Frenopático fundado por los Dres. Llorach y Dolsa, que es modelo en su género.

Por la breve estadística que publicamos, demuéstrase la importancia y el número considerable de establecimientos benéficos existentes en la gran capital de Cataluña, a pesar de aquella *razzia* abominable que contra este género de instituciones llevaron a cabo los elementos revolucionarios en la tristemente célebre *semana trágica* de Barcelona.



AÑO
II

VOLUNTAD

NUM
22



ARTISTAS CATALANES

«FLORES»

Sita. Güell.



PELÍCULA ESPIRITUAL



ESTE RÁPIDO EM-brutecimiento de las gentes por el cinematógrafo es cosa que empieza a preocupar a los que se ocupan en asuntos sociales. Y es triste cosa, en efecto, que de una invención tan buena, si se

la dejara en su lugar, nos vengan tan malos frutos.

Es esto, sin embargo, lo propio de todo progreso en la materia al cual no corresponde su equivalente en el espíritu, y no corresponde nunca, sino que hay que hacerlo corresponder después. El hombre siente siempre el peso de su barro, y si se le dejara invertiría todos los refinamientos de la civilización en andar más cómodamente a gatas. Así vemos cómo toda invención material es seguida, por de pronto, de una agravación de la bestialidad: las máquinas producen la esclavitud en las fábricas, los explosivos favorecen el prurito sanguinario; la fotografía, la difusión de la vulgaridad y la indecencia, etc.

Porque todo lo que es mecánico es una multiplicación de la actividad material humana; y como en el hombre, todavía, si el espíritu representa uno, el barro representa diez, cuando viene la máquina a centuplicar su acción estos diez se convierten en 1.000, mientras que aquel uno no llega a convertirse en diez, porque la máquina puede multiplicar el brazo, pero no puede multiplicar el corazón ni el entendimiento, de modo que ni la proporción se guarda; así es como a toda gran invención

material, sucede una positiva agravación de bestialidad.

Y así ha sucedido con el cinematógrafo. ¡Gran invento! Poder reproducir los espectáculos más grandes de la vida natural, las escenas más interesantes de la vida social, y esto divulgarlo de unos pueblos en otros, hacernos vivir, hasta cierto punto, en lo que otros viven, y a ellos en lo nuestro, servir la vivaz curiosidad de los humanos hermanándolos, elevándolos! Y esto después, a través del tiempo, de los siglos. Figuráos no más que este invento hubiera sido hecho cien años atrás, nosotros ya podríamos revivir en cierto modo los tiempos napoleónicos, presenciar las acciones de aquellos ejércitos fanatizados por la grandeza del momento, asistir, por ejemplo, a la entrevista de Napoleón y Goëthe en Ehrfurt, ver moverse a aquellos príncipes, aquellos caudillos, aquéllos diplomáticos. Figuráos más lejano aún el invento y más perfecto, y veríamos agitarse las multitudes romanas en el foro. Figuráos menos: que el viejo de hoy se ve a sí mismo estudiante de veinte años corriendo alegremente a la vida con sus compañeros. En fin, pensad cómo el cinematógrafo puede multiplicar las sensaciones a través del tiempo y del espacio, cómo puede enriquecer nuestro sentido con sólo ponerse modestamente en su lugar de mera reproducción de lo natural y de lo vivo.

Pero ahora viene el triste hecho: que el público no tiene aún bastante sentido para gozarse de la suprema sencillez de la vida y prefiere que le den una cosa puesta, la reproducción de una representación, en cuyo doble tránsito la flor pierde su aroma y queda sólo el bajo in-

terés de la acción, lo que pasa, aunque pase entre míseros figurantes, entre monigotes que apestan a farsa de una hora lejos. El dramón, la necia pantomima, han recobrado por el cinematógrafo el favor de una gran parte del público que ya se había apartado de ellos y librado el espíritu de su bajeza. Ahora, invitados por la multiplicidad de estas exhibiciones, por su rapidez, por su funesta baratura, la gente ha vuelto al dramón espeluznante o insulso, con la agravante de que en él no queda ya siquiera aquel grano de vida que le comunicaba la representación directa por actores vivos; ahora ni esto; el torpe interés de lo que pasa, y que pase aprisa, de modo que el espíritu no logre ni un momento de elevación en la inspiración de una frase o de un gesto que quede bien ligado al bajo interés de la acción, que quede bien *terre a terre*, bien a gatas.

Esto es lo que quiere la bajeza natural del público, y esto se le da. Ya no digo de los horrores y de las indecencias, porque no es necesario ir tan allá, siendo la trayectoria la misma: ¡abajo! Y si el público pide abajo, el empresario no le dará arriba, porque el oficio del empresario es contrario al del misionero. Se han visto intentos de cinematógrafos que fueran lo que debían ser: reproducciones de espectáculos naturales y de escenas espontáneas, vivas, y la gente ha dejado la sala vacía y la Empresa hubo de quebrar. No; los empresarios no tienen obligación de meterse a redentores.

Entonces, la autoridad —decís—, el Municipio, el Estado. ¡Bah! ¡Ya pareció la entidad! La estética y la moralidad dependiendo de unas elecciones municipales, de la manga ancha o estrecha de un censor y del buen gusto de un empleado. Sería una insoportable tiranía que no haría sino avivar el aliciente de las bajezas clandestinas inevitables, suponiendo que supiera elevar el nivel de lo lícito.

No; los redentores habéis de ser vosotros mismos, los que os preocupáis de estas cosas,

esforzándoos en extender, en contagiar vuestra repugnancia por medio de una acción personal. En vuestra casa, en vuestros hijos, en vuestros deudos, en vuestros criados, habéis de esforzar vuestra acción y conquistar al vecino para que haga igual en su casa, y cada uno en la suya y en sus relaciones personales. Y sin necesidad de hablar de cinematógrafos siquiera, avivad simplemente vuestro espíritu en el amor de las cosas altas, comunicad este amor y esta vida, y los espíritus se levantarán, y con sólo levantarse ellos repudiado quedará lo que esté bajo: el cinematógrafo y lo demás.

Quiero decir que habéis de promover un avance espiritual equivalente al avance material que el cinematógrafo y lo demás representa; y entonces estad seguros de que, quedando cada cosa en su lugar, todas serán aprovechadas para el bien.

Si educáis a vuestros hijos en el amor de las cosas que Dios creó —los árboles, las montañas, el mar, la noche estrellada— nunca se gozarán en las farsas cinematográficas; si lográis comunicarles, no ya el gusto —que esto es cosa dada de gracia—, pero, al menos, el respeto a las grandes creaciones artísticas, no podrán gustar de la película dramática, ni del gramofón, ni de todas esas mecánicas pseudo artísticas que van desde la insoportable *pose* de la calamitosa tarjeta postal, hasta el horrible piano de manubrio; si infundís en cada uno solamente el sentido de lo sagrado de su propia vida, y que hay un alma que llevar a Dios por uno u otro camino, tendréis ya mucho adelantado.

Hay que hacer sentir al hombre su nobleza en su bajeza, como está sellada en la imagen y semejanza de Dios, y el peligro de que su cuño se disipe y se borre con el público roce, quedando sola la materia bruta y otra vez informe. Salvad al hombre vivo y no os turbe el fantasma social.

JUAN MARAGALL





La indulgencia de las rosas

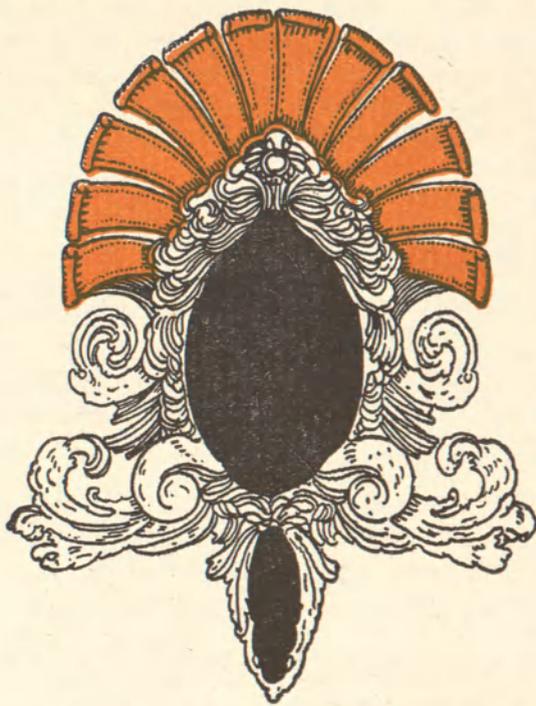
El glorioso San Francisco
a su dulce Jesús ruega
que hoy los duros corazones
los ablande como cera
por ver si al Cielo se inclinan
las muchedumbres que pecan;
y, rogando, al mismo tiempo
le recuerda la promesa
de abrirles aquí el tesoro
de su plenaria indulgencia.
Mas con tristes pensamientos
el demonio así lo tienta:

—¿Por qué oras toda la noche?
le dice junto a la oreja.
¿Por qué no duermes más tiempo
y la vigilia no mermas?
Quieres morir antes de hora,
y esa tu Orden, planta tierna,
vivirá poco si muere
el huertano que la riega.—
Mas Francisco al enemigo
conoce; el hábito suelta,
y se revuelca en la nieve,
sobre espinos se revuelca.

Aun menos blanca que tu alma
es, Francisco, la nieve esa.
Con rubíes de tu sangre
¿por qué teñida la dejas?
¿Por qué flajelas tu cuerpo,
hermoso angel de inocencia?
La nieve en que revolcose
cándido hábito le presenta,
y ramo, la zarza, ofrece
de rosas blancas, bermejas,
unas, su amor expresando,
las otras, su penitencia.
Ve bajar un bando de ángeles
como una lluvia de estrellas;
que le dice: —Ven, Francisco,
ven a rogar en la Iglesia
donde en trono esplendoroso
Dios y la Virgen te esperan—.
Diríjese a ella Francisco
entre milicias angélicas;
y, ya dentro, envuelto en luz,
ve que Jesús se presenta
con la frescura en el rostro
de su juventud eterna,
labios a punto de abrir
cual flor que a reir empieza.
Jesús, un sol le parece,
María, la luna llena,
y él, prosternado en el suelo,
humilde sus plantas besa.
—Oh Jesús, dice, mi amor;
Virgen María, mi reina;

oh sol y luna del cielo
que vida dais a la tierra:
por amor al pecador,
por limpiarlo de su lepra.
¿Cuando os dignaréis abrir
esa piscina evangélica?
—El día, Jesús responde,
que libre fué de cadenas
el apóstol que las llaves
tiene de la vida eterna.
Y porque su sucesor
cuál es mi voluntad lea,
ofrécele tú ese ramo
de flores blancas, bermejas,
formen el papel las blancas,
las rojas mi firma sean.
Siete centurias pasaron
desde esa noche gloriosa
y aun en el uno de Agosto,
de ponerse el sol a la hora,
cuando la campana angélica
a las de Asís les informa
de que el amor ha obtenido
de la justicia victoria,
del Cielo se abren las puertas
ante este mundo que llora
y el santo estigmatizado,
del rosal de la alta gloria,
hace caer en las almas
lluvia abundante de rosas.

MOSÉN JACINTO VERDAGUER





EL AMIGO Y EL AMADO



PREGUNTO EL AMIGO A su Amado si había quedado en él cosa alguna que amar. Respondióle el Amado que aquello por lo cual el amor del Amigo podía multiplicarse restaba aún por amar.

Las sendas por donde el Amigo busca a su Amado, largas son y peligrosas, llenas de consideraciones, suspiros y llantos, e iluminadas de amores.

Juntáronse muchos amadores para amar a un Amado, quien les abundaba a todos de amores; y cada uno de ellos tenía por joya y caudal a su Amado, de quien concebía agradables pensamientos, por los cuales sentía gustosas tribulaciones.

Lloraba el Amigo, y decía. «¿Cuándo llegará el tiempo en que cesarán en el mundo las tinieblas y los caminos del infierno, para que cesen las carreras infernales? Y ¿cuándo llegará la hora en que la agua, que acostumbra correr hacia abajo, tomará la inclinación y naturaleza de subir hacia arriba? Y ¿cuándo serán más los inocentes que los culpables? ¡Ah, cuándo se gloriará el Amigo de morir por su Amado! Y ¿cuándo verá el Amado a su Amigo enfermar por su amor!»

El Amigo dijo a su Amado: «Tú que llenas al sol de resplandor, llena mi corazón de amor». Respondióle el Amado: «A no estar tú lleno de amor, no derramarían lágrimas tus ojos, ni tú habrías venido a este lugar para ver a tu Amado».

Tentó el Amado a su Amigo para ver si le amaba per-

fectamente, y le preguntó de dónde nacía la diferencia que hay entre la presencia y la ausencia del Amado. Respondió el Amigo que de la ignorancia y del olvido, del conoimiento y del recuerdo.

Preguntó el Amado a su Amigo: «¿Te acuerdas de cosa alguna que yo te haya remunerado, para que tú quieras amarme?» «Sí, respondió el Amigo, pues entre los trabajos y placeres que me das no hago diferencia.

«Dime, Amigo, preguntó el Amado, ¿tendrás paciencia si te doblo tus dolencias?» «Sí, respondió el Amigo, con tal que dobles mis amores».

Preguntó el Amado al Amigo: «¿Sabes aún lo que es amor?» Respondió el Amigo: «Si no supiera qué es amor, sabría qué cosa es trabajo, tristeza y dolor».

Preguntaron al Amigo: «¿Por qué no respondes a tu Amado, que te llama?» Respondió el Amigo: «Ya me ofrezco a padecer grandes peligros, porque El venga, y le hablo ya deseando sus honras».

«Amigo insensato, ¿por qué acabas tu cuerpo, gastas tu dinero y dejas las delicias de este mundo, y andas despreciado entre las gentes?» Respondió el Amigo: «Para honrar los honores de mi Amado, el cual es desamado y deshonrado por más hombres, que amado y honrado».

«Dime, fátuo por amor, ¿cuál cosa es más visible, el Amado en el Amigo, o el Amigo en el Amado?» Respondió el Amigo, y dijo: «Que el Amado es visto por amores, y el Amigo por suspiros, llantos, trabajos y dolores».

Buscaba el Amigo quién dijese a su Amado que él por su amor padecía grandes trabajos, y moría; y encontró a su Amado leyendo un libro, en donde estaban escritas todas las enfermedades que el amor le daba por su Amado, y todos los agradecimientos que de ello había el Amado.

La Reina del Cielo presentó su Hijo al Amigo para que le besase el pie y que escribiese en su libro las virtudes de la Madre de su Amado.

«Pajarillo que cantas, dime, ¿te pusiste al resguardo de tu Amado, para que te defiendan de desamor, y que multiplique en ti el amor?». Respondió el pájaro: «¿Y quién me hace cantar sino solo el Señor de amor, quien tiene el desamor a deshonor?»

Entre temor y esperanza hizo el amor su hospicio, en donde vive por pensamientos y muere por olvido; cuyos fundamentos distan mucho de los deleites y placeres de este mundo.

Cuestión hubo entre los ojos y la memoria del Amigo, porque los ojos decían que más valía ver al Amado, que memorarle; y la memoria decía que por la recordación suben las lágrimas a los ojos, y el corazón se inflama en amor.

El Amigo preguntó al entendimiento y a la voluntad cuál de los dos era más cercano de su Amado. Y corrieron los dos, y el entendimiento llegó mucho más presto a su Amado, que no la voluntad.

Contienda hubo entre el Amigo y el Amado, y lo vio otro Amigo, el cual lloró tan largo tiempo, hasta que se hizo la paz entre el Amado y el Amigo.

Los suspiros y los llantos vinieron al tribunal del Amado, y preguntáronle por quién de los dos se sentía más fuertemente amado. El Amado sentenció que los suspiros están más cerca al amor, y los llantos a los ojos.

Vino el Amigo a beber en la fuente en donde quien no ama bebiendo se enamora; y después de haber bebido se le doblaron sus langores; y vino el Amado a beber en la misma fuente para redoblar a su Amigo sus Amores, en los cuales le doblase sus langores.

Enfermó el Amigo, y estaba en éxtasis y exceso de pensamientos; el Amado le cuidaba, de mérito le alimentaba, de amor le abrevaba, en la paciencia le recostaba, de humildad le vestía y con verdad le curaba.

Preguntaron al Amigo en dónde era su Amado. Quien respondió diciendo: «Vedle ahí en una casa más noble que todas las demás noblezas creadas; y vedle ahí en mis amores, en mis langores y en mis llantos.

Preguntaron al amigo: «¿Adónde vas?» Y respondió:

«Vengo de mi Amado». «¿De dónde vienes?» «Voy a mi Amado». «¿Cuándo volverás?» «Me estaré con mi Amado». «¿Qué tiempo estarás con tu amado?» «Todo el tiempo que serán en El mis pensamientos».

Cantaban los pájaros la Alba, y despertóse el Amigo, que es Alba; y los pájaros acabaron su canto, y el Amigo murió en la Alba por su Amado.

Cantaba el pájaro en el vergel del Amado; vino el Amigo, y dijo al pájaro: «Si no nos entendemos por la habla, entendámonos por amor, porque en tu canto se representa a mis ojos mi Amado».

Tuvo sueño el Amigo, quien había trabajado mucho en buscar a su Amado, y temió que no se le olvidase su Amado, y lloró para no dormirse, y para que no se le olvidase su Amado.

Encontráronse el Amigo y el Amado, y dijo el Amado al Amigo. «No hay necesidad de que me hables; mas hazme señas con tus ojos, que son palabras a mi corazón, que te dé lo que me pides».

Desobedeció el Amigo a su Amado, y lloró el Amigo, y el Amado vino a morir con el vestido de su Amigo, para que el Amigo recobrase lo que había perdido, y dióle mayor don que el que había perdido.

Prendaba el Amado a su Amigo y no le dolía su desfallecimiento, para que fuese de El más fuertemente amado, y en el mayor desfallecimiento encontró el Amigo mayor gozo y recreo.

Dijo el Amigo: «Los secretos de mi Amado me atormentan, cuando mis obras no los revelan, y por que mi boca los tiene secretos y no los revela a las gentes».

Las condiciones del amor son: que el Amigo sea sufrido, paciente, humilde, temeroso, solícito, confiado, y que se arriesgue a grandes peligros para honrar a su Amado; y las condiciones de su Amado son: que es verdadero, liberal, piadoso y justo para con su Amigo.

Buscaba el Amigo devoción en los montes y en los llanos, para ver si su Amado era servido, y en todos estos lugares halló falta; y por esto cavó en tierra por ver si en el fondo encontraría cumplimiento, puesto que sobre la haz de la tierra había falta de devoción.

RAIMUNDO LULIO



PAGINAS LITURGICAS

EL ROSARIO



UANDO NO HABIA NADA AUN DE CUANTO DESPUÉS ha existido, las tinieblas de una noche eterna se extendían sobre los abismos; pero el Espíritu de Dios, que se cernía sobre aquel piélago de sombras, *rafagueaba* — como dice un sabio traductor de los Libros Santos— sobre la faz del tenebroso caos, y aquella *ráfaga* divina, imprimiendo a la nebulosa primitiva un vertiginoso movimiento de condensación, la trocó en incandescente. Aceleróse más el vértigo y la nebulosa se rompió en mil pedazos, que chocaron entre sí con formidable explosión; y de cada núcleo nació un sol y de cada sol brotaron millones de chispas, que inundaron los espacios con radiantes oleadas de luz esplendorosa.

El Génesis lo narra con soberana sencillez. «*En el principio del mundo dijo Dios «*fiat lux*», y la luz se hizo*». Las tinieblas se avergonzaron en presencia de la luz y huyeron espantadas a esconderse, mientras la luz, vestida de nácar en las mañanas y de púrpura en las tardes, cogía por la mano al día y lo paseaba del Oriente al Occidente.

Desde entonces la luz es una niña alegre y pudorosa, que pasa su vida en caprichosos jugueteos: tachona los anchurosos cielos, matiza y recorta las espumosas nubes, clarifica las entrañas de la gota de rocío que tiembla sobre la hoja de la flor, caracolea cabalgando sobre la cresta de las olas, ciega de blanca sobre la nieve del picacho de la sierra...; pero su juego predilecto es el Arco Iris.

Un día apareció el cielo muy triste: su frente estaba llena de nubes sombrías que semejaban arrugas reveladoras de pena. Poco después, el cielo lloraba amargamente, y, durante cuarenta días con sus noches, sus ojos vertieron sobre la tierra torrentes de lágrimas, hasta que la luz afiló uno de sus rayos más puros, hendió con él las sombras del cielo y se lanzó en medio de la oscuridad, vencéndola, y dejando tendido, en señal de victoria, un arco de triunfo, que es el Arco Iris.

En el mundo religioso Dios es la luz, Dios es el sol. Y dijo Dios también *fiat lux*, y su omnipotencia y su amor iluminaron la nada y crearon el alma humana, destello de su luz soberana, chispazo de su inteligencia infinita. Y llegó otro día en que a Dios le enojó el primer pecado, la primera mancha, la primera sombra de esa luz: se forjó la tormenta en las alturas y el rayo de la Justicia Eterna dió en la frente del hombre, que cayó al suelo al peso de la maldición.

Y empezó el Cielo a llorar. Cuarenta siglos estuvo cayendo sobre la tierra la lluvia de las divinas misericordias. Y afiló Dios también —si se permite la frase— uno de sus rayos más puros, su Verbo mismo, el que es resplandor de su luz y brillo de su eterna claridad, atravesó con El aquella siniestra cabalgata de pecados hechos montón, disipó las sombras de la muerte, esclareció las tinieblas de la vida, dulcificó las arideces de este desierto, restañó las heridas de la Humanidad, se hizo Hombre, amaneció nuevamente en el alma humana la luz y dejó tendido sobre las conciencias, a manera de arco de triunfo, a manera de Arco Iris... el Rosario bendito de su Madre, en cuyos Padre-Nuestros, Ave Marías y Glorias, el Soí Jesucristo se deshace, se desgrana, se descompone en variadísimos y dulcísimos colores de felicidad, de alegría, de amores y misericordias.

Esa es la fiesta de esta quincena. Medítadla, adoradla, veneradla... practicadla.

EL ARCIPRESTE DE MALAGA



LA CUMBRE MÍSTICA

SEGUNDA PARTE

I

TRADICION DE LAS ESCUELAS MISTICAS ESPAÑOLAS LA ESCUELA CATALANA
 RAIMUNDO LULIO



SE HA INTENTADO MOSTRAR, al través de estos ligeros apuntes, la profunda quiebra intelectual y moral de nuestro tiempo. ¿Qué alma juvenil, sincera y deseosa, que hoy penetre en las aulas y en los libros con el puro afán de conocer, de aclarar el sentido de la vida, no sentirá una grave turbación, una mortal tristeza, un desencanto irreparable?

¡Cuántas ilusiones rotas, cuántos destinos malogrados, qué de tragedias íntimas provocadas por esa quiebra espiritual de nuestra civilización!

Claro está que la mayor parte de los jóvenes del día, lejos de proponerse tan arduos problemas, se lanzan a los hervores del mundo sensible con un practicismo desolador henchido de vanidades y codicias, despreocupado de toda inquietud metafísica o religiosa. No faltan algunas, las mejores, a quienes desvela y empuja la noble preocupación del más allá, la sed de las cosas inmortales; pero a estos «varones de deseos», ¿qué les ofrece nuestro siglo que no sean escombros, incertidumbres y tinieblas?

Y, sin embargo, hoy, más que nunca, la vida exige afirmaciones, altos motivos, normas claras y ciertas, caminos

rectos y seguros. Hay un ansia creciente de claridad y armonía, de fortaleza y reconstrucción. Los hombres que nacen entre ruinas sienten con más brío que otros el deseo de reedificar.

A España llegaron muy débilmente, en los últimos siglos, los ecos de las batallas intelectuales, el fragor de esos choques, la sacudida de esos derrumbamientos. Adormecidos nosotros muchos años, junto a la mortecina lumbre familiar, al amor de los rudos tizones y de la pobre puchera, cerrábamos los ojos y los oídos a todas las tempestades, en actitud más digna de faquires que de caballeros cristianos.

Ya, por fortuna, comenzamos a despertar de la modorra; todo ya nos sacude y nos impele; sentimos el afán moderno de acudir con brazos y almas a la obra viril de aquella universal restauración. Precisamente los españoles, digan lo que gusten la pedantería y la ignorancia, tenemos una verdadera filosofía de amor, una ciencia de vida, la más adecuada a la necesidad de los tiempos y a la naturaleza de nuestras almas inmortales.

Ponerla aquí de relieve, manifestarla en su purísimo esplendor al través de las gloriosas tradiciones de la raza es el objeto de estos ensayos, pobres y humildes senderuelos por donde un oscuro caminante pretende seguir las huellas de los gloriosos peregrinos que antaño ascendieron venturosamente a las alturas de la «Cumbre Mística...»

Sobrehumana por su fin, universal por su divino magisterio, tiene la Mística española, en su aspecto humano y exterior, una fisonomía inconfundible, un profundo sello nacional. No en vano es la más pura creación de nuestro espíritu, el fruto, por excelencia, de la raza, nuestra más honda y popular filosofía. Quien no la estudie, quien no la sienta, nunca podrá conocer los rasgos esenciales del pueblo español, percibir la armoniosa complejidad de su alma, cuyos más nobles atributos en la Mística resplandecen como en eterno y luminoso retrato. El brío de la voluntad, la inmensa ternura de la fe, la pasión heroica de la vida, la virtud militante, la sed de inmortalidad, el genio intuitivo, conciliador y sintético, la tendencia moral y realista, el carácter alegre y democrático, la afectuosa llaneza, la viva y plástica imaginación, la fuerte y exquisita sensibilidad: todos los rasgos genuinos del alma española se dibujan aquí, mucho más rotundos y vigorosos que en parte alguna, pero siempre de acuerdo con las más antiguas tradiciones de nuestra casta.

Patente y admirable es la unidad del espíritu español en todos los tiempos y lugares, por encima de las diferencias y evoluciones de la historia. En cuanto se penetra un poco en la intimidad del pensamiento ibérico, al punto se advierte, aun al través de las más opuestas formas y matices locales, la identidad y coherencia de su robusta tradición, el persistir indómito de un gran carácter nacional. Ética y estética, religión y filosofía, sensibilidad, pensamiento y acción: todo responde a ese carácter íntimo; en todo se revela esa invencible unidad.

Tocó a la noble Cataluña la gloria de anticiparse en tres siglos al soberano esplendor de la Mística de Castilla. Y aunque ambas Escuelas no estén ligadas por un vínculo histórico persistente, al punto se percibe en las dos la semejanza del fondo espiritual, los rasgos comunes de la raza.

Puente de oro entre la Edad Media y la Moderna, entre los dos amaneceres, Raimundo Lulio es, a la vez, el más alto lumínico de la Escuela catalana y uno de los varones más profundos y representativos del carácter español de todos los tiempos. En él convergen las principales direcciones del pensamiento nacional, reducidas a soberbia síntesis en el *Arte Magna*, prodigioso esfuerzo de la razón, formidable ensayo de armonía en que el teólogo y el metafísico, el lógico, el moralista, el poeta, el soñador, se juntan para alzar en sus robustos hombros la eterna «silla de la Unidad» tres siglos antes que Fray Luis...

Encarnación pasmosa del idealismo realista, de las tendencias más nobles, acendradas y populares de la filosofía española, es, al propio tiempo, Raimundo Lulio el precursor de la Mística de la Edad de oro. Aquellas suavísimas ternezas que en las soledades apacibles de Randa y Miramar, dice el *Amigo* a su celestial *Amado*, resuenan tres siglos después en aquella cárcel toledana donde San Juan de la Cruz rezó las Liras de su encendido Cántico Espiritual. Y aquella soberana teología, fruto también de plenitud y concordia, empapada en el sentimiento de la naturaleza, criada a los pechos de la Esposa en el *Cantar de los Cantares*, desfallecida con divinos langores en el *Libro de la Contemplación* y en el *Blanquerna*: filosofía de amor y conocimiento, mezcla de acción y de oración, de entendimiento y voluntad, de ciencia y de fe, resurge con doble pujanza en los místicos yermos castellanos.

¿Dónde más alta prueba de la unidad y reciedumbre del espíritu español? ¿No es maravilla que a tal distancia de siglos y lugares, sin relación ni afinidad exteriores, sin contacto alguno florezcan hasta en diverso idioma, pero con unos mismos e inconfundibles rasgos, dos Escuelas tan semejantes de contemplación y de armonía? ¿Quién no per-

cibe al través de estos fenómenos, en apariencia incoherentes, una constante vocación de nuestra raza, la presencia vivificadora de su espíritu que enlaza con vínculos secretos y amorosos la filosofía y la teología, la razón y la fe, las *Contemplaciones* del beato mallorquín y el *Libro de las Criaturas*, de Raimundo Sabunde, la Escuela catalana y la Escuela castellana? ¿Quién no descubre aquí la identidad y persistencia de ese espíritu, lazo de unión de todas las culturas indígenas, sello aristocrático de los pensadores nacidos en España, desde Séneca hasta San Isidoro, desde Lulio a Sabunde, de Gabirol a Fernando de Córdoba, de León Hebreo y Fox Morcillo a Balmes? ¿Quién no presiente la clara y confortadora proximidad de la Mística del siglo XVI, al ver cómo Sabunde, sin mengua de su vigor ontológico, de su recio sintetismo luliano, acentúa las tendencias psicológicas y experimentales, encarece el estudio de la naturaleza y el estudio de todas sus criaturas e invoca la necesidad de conocerse profundamente a sí mismo para elevarse a Dios? ¿Qué quiere decir esta peregrina concordancia entre varones de estirpe, lengua, siglo, educación, temperamento, clima y humor tan diferentes?

Si pretendiéramos, pues, cifrar la tradición ibérica en un solo rasgo, vértice común a todas las manifestaciones sobresalientes y originales del pensamiento español, por fuerza tendríamos que reconocer como tal ese empeño obstinado y generoso de unir en recia síntesis las dos realidades del universo, la naturaleza y el espíritu, en mal hora separados y discordes los dos principios indispensables a toda filosofía, a toda estética, a todo arte completo de pensar y de vivir. Pero esta *unidad* fecunda y amorosa, nunca fué *identidad* en la mente de nuestros pensadores cristianos como en esos modernos sistemas idealistas donde retoñan el panteísmo y la gnosis; jamás al resolver nuestros filósofos en una armonía superior las antinomias de lo invisible y lo visible, lo infinito y lo finito, lo ideal y lo real, identificaron ciegamente los dos términos del problema, ni redujeron lo absoluto al dominio interior de la conciencia psicológica. De la misma suerte evitaron nuestros grandes contempladores caer en quietismos, languideces y nirvanas, en esas quimeras y fantasías de las teurgias orientales, en los fanáticos iluminismos de la yerta unidad neoplatónica, y mantuvieron con admirable fuerza y cordura los derechos de la personalidad humana contra toda absorción y menoscabo, aun en la cumbre de la Mística, donde el alma, según nos dice la sublime Doctora en las Moradas últimas, no se aniquila ni absorbe en el divino Ser al poseerle.

¡Cuán necesario y cuán difícil es mantener esta actitud serena y ecuánime, este equilibrio, esta unidad, sobre la muchedumbre de las pasiones, sobre el hervor de las potencias y sentidos! ¡Cuán pocos son los hombres y los pueblos que tienen la virtud de la armonía como rasgo señorial de su espíritu!

Los abusos del método experimental suelen traer por reacción un idealismo furioso; la intolerancia de los conceptos intelectuales y metafísicos acarrea, a la postre, por reacción también, un desbordamiento de las furias positivistas. No hay, pues, sino concordar y unir lo subjetivo y lo objetivo, lo individual y lo universal, la experiencia y la pura contemplación, el cuerpo y el espíritu, pues divorciarlos es dividir el Universo en dos partes irreductibles y antagónicas, mutilar la doble y fecunda naturaleza humana, cuyas raíces se hunden en la tierra para elevarse al cielo con más ímpetu y esplendor. Así lo ha entendido siempre nuestra raza, y este es uno de sus mayores títulos de gloria.

RICARDO LEON





SOR MARIA DEL OLVIDO

DIARIO DE UNA HERMANA DE LA MISERICORDIA

(CONTINUACIÓN)

II

30 Noviembre

¡Y MADRE REVERENDÍSI-
ma ¡qué alegría da la salud!

Ya voy bien y grave lo
estuve. Su gracia, la supe-
riora de esta casa, me permi-
te ocuparme algo de los an-
cianitos. ¡Cuánto tengo que
agradecerle sus cuidados, así

como a las dos hermanitas que convalecientes de la
terrible epidemia me asistieron! ¡Y como expresarle,

mi madre reverendísima, el agradecimiento por sus
confortaciones, sus consejos y bondades! No merece
esta mísera mujer tanta caridad que Dios recompen-
sará a medida de su misericordia. Los escasísimos
merecimientos del auxiliado no quitan, antes avalo-
ran las buenas acciones del auxilio y de la protección
otorgada al humilde.

Desde que me volvió el conocimiento, pasados los
delirios de la fiebre, he repetido las devociones que
su gracia me tiene recomendado y a la lectura de
Santa Teresa, San Juan de Dios y la vida de San
Francisco. Tiene razón, madre, que la meditación y



la lectura me son muy necesarias, además de las breves, obligadas en el noviciado. ¿Es permitido tener predilección por unos ejercicios, y en vez de las oraciones indicadas, repetir, repetir otra horas enteras a nuestra divina patrona de la Merced, al Señor en la soledad del huerto?

Desde mi infancia rezo al Señor, en aquel trance amarguísimo de su pasión. «Padre mío, aparta de mí este cáliz», exclama el hijo de Dios ante la visión reveladora de su próximo martirio, pero el sacrificio de su divino cuerpo había de ser por amor del hombre.

La mirada de Jesús elevase a los cielos en la soledad del huerto penumbroso y la ofrenda suprema, la de la sangre y la vida de Jesús, iba a glorificar el mundo.

También las miserables criaturas aisladas en el infortunio quisieran apartar de sus labios el cáliz de las hieles.

Aceptarlo por nuestros pecados y los de los hombres es alivio de nuestra suerte.

III

20 Diciembre

Sentada en el guardillón de este asilo, dejo un momento el repaso de las ropas y tomo el lápiz correspondiendo con unas palabras a la solicitud que me demuestra la [reverendísima madre. Me voy reponiendo de la recaída, y como no me dejan durante un par de días volver al servicio de los enfermos, aquí, en este alto rincón, estoy recosiendo los trapitos de la casa. Muy pobres estamos, madre, y no damos abasto en el labado y compostura de las escasas prendas de cama y del ropero.

La ciudad, aunque no es de primera, posee mucho comercio de grano, ganados y frutas, y abundan los bizcochos. Sin embargo, poco se acuerdan de las necesidades de los ancianitos y de los incurables aquí acogidos y que de limosna sostenemos.

La epidemia arrecia de día en día; y como a falta de hospital capaz en el pueblo, hemos tenido que habilitar todo el espacio posible de la casa para los enfermos de fuera, nos hallamos en días de tribulación. No hay en salas, corredores ni dependencias sitio donde echar un jergón más en el suelo.

Han venido dos hermanas de Palencia pero una se ha contagiado, está grave y yo no puedo tenerme de pie. ¡Dios mío! dame la salud para servir a los desgraciados! Anochece y ni coser ni casi escribir puedo. Toso, me arde la cabeza y tiemblo de frío. Tocan a muerto las campanas... Por la plaza cruza el Santo Viático... Llamar sin cesar a las puertas, pobres gentes con enfermos caídos en las calles. Hay familias,

postrados todos sus miembros, piden que vaya alguna de nosotras a cuidarlas. ¡Qué angustia! No podemos acudir a todas partes y la epidemia cunde.

Los vecinos pudientes huyen a la capital; otros vuélvense a sus casonas aldeanas, el pánico agrava la situación lamentable... Haga su gracia, madre reverendísima, que se active la acción sanitaria en estos poblachos de la sierra y que la Cruz roja de la Corte organice sus Juntas aquí para que las señoras enfermeras ejerzan su misión caritativa... Nosotras no bastamos.

Dios nos ha enviado una gran calamidad pero de nosotros, de nuestro amor a nuestros hermanos depende contener su estrago. Voy a la capilla a orar, a orar para que mañana vuelva esta débil sierva de Jesús al trajín de la enfermería. Pida por mi salud al Señor, madre, me conserve el afán de ser útil, de ser necesaria...

IV

5 Enero

¿Por qué me han ordenado asistir enfermos en tal caserón de las afueras? Aquí se hallan muy graves una mujer y un niño, venidos a pasar las Navidades con su familia. Es la esposa y el hijo de... de... De Pedro María. Del hombre de mi vida, con quien iba a unirme para siempre y que me traicionó casándose con otra... Y esa *otra* es... esta joven bellísima que cuida en la casa infectada.

Cuál es el designio de la Providencia al colocarme en tal situación? Pasado el primer choque de la sorpresa me he rehecho, madre; procuro olvidar y soy la enfermera, la sierva de los que sufren. Siento redoblada mi fortaleza de salud al asistir a esta pobre señora y su hijito. ¡Sálvalos, Dios mío! Concédeme la gracia de que, la salud lo vuelva a su camino riante. Ella es dulce y piadosa; con resignación resiste el padecimiento y más se preocupa del hijito que de ella misma. Me retiene día y noche a su lado, y paso las noches desvelada y sin cansancio entre el lecho de ella y la cunita del angelín. Este ha mejorado hoy pero la madre no. Me acaba de decir desfallecida en mis brazos: «¡Vuelvan a telegrafiar a mi marido. El me traerá la salud y a nuestro niño también. Es tan bueno y nos amamos tanto que junto a él nada malo puede ocurrirnos. Su cariño nos protege, hermana».

6 Enero

Va a llegar...

Tiemblo de encontrarme con él, y ahogo mi desasosiego pensando en su dolor al hallar moribundo al niño y tan grave a su mujer. Es el dolor de Pedro María el que me preocupa, el que me duele también. No

debe ser así, no será... Fuera de mí ese recuerdo, y la realidad de mi situación entre en ellos. No los conozco, no se nada, no quiero saber nada de ellos ni de mí, mas que mi servidumbre en la casa infestada cuidando a una madre y un niño enfermos. ¡Sánalos, Señor! Acepta mis oraciones para que vuelvan a la vida. Sean a tu divino corazón gratos mi afán, mis ansias, mis votos por su felicidad. Hay tantos y tantos desventurados en la tierra, que es alivio hallar una pareja de seres dichosos, y es prueba de que también hay sendas de luz aquí abajo. Las sendas esclarecidas del amor de la familia, de los deberes sociales. Da Señor suavidad a mis manos al tocar la carne viva de los vejigatorios en el pecho del niño. Transfúndase a mi alma conturbada la benignidad de tu gracia para que mis ojos serenados por ella, hallen la promesa del bien eterno los ojos angustiados de la moribunda. ¡Con qué ansia aguarda la pobre a su marido que

está al llegar! Se ha reanimado mucho y me ha pedido que la peine bonitamente y que engalane su cuerpo dolorido con batistas y encajes perfumados... Me ha dicho: «Pedro María me adora y yo más anhelo gustarle siempre.» Ha querido que ponga a su lado en la cama al hijito y con las manos finas y cuajadas de perlas lo estrecha absorta, lo mira sin darse cuenta que aquel corazoncito nacido del suyo, pronto callará, dejará de latir esta noche...

¡Qué horas de negrura aguardan al padre que se acerca! ¡Y yo aquí! ¡Yo entre ellos! Pasa ante mí la imagen de mi preferente devoción: Jesús en la tristeza del huerto diciendo humanamente: «Padre mío, aparta de mi este cáliz...» Yo sólo te imploro, Señor, que me confortes, que al acercarlo a mis labios y beber su amargura, no desmaye mi flaqueza femenina.

SOFÍA CASANOVA

(Continuará)

(Dibujo de Ochoa)





LA LIGA DE LAS NACIONES EN SAN SEBASTIAN

DOS RECUERDOS OPORTUNOS



SOBRE LA PROVERBIAL frivolidad del veraneo donostiarra, ha destacado este año una nota sensacional.

En una espléndida tarde del mes de Julio, las puertas del soberbio palacio de la Diputación de Guipúzcoa daban paso a ocho Delegados de las naciones más poderosas de la tierra, al mismo tiempo que de sus balcones hendían los aires solemnes ecos de bienvenida, rapsodias de vascas canciones, entonadas por simbólicos heraldos con vibrante clarín.

Se inauguraba a la sazón la quinta reunión del Consejo de la Liga de las Naciones, preparatoria de la Asamblea Plenaria que se anuncia en breve, como constitución definitiva de este nuevo organismo de vida internacional.

Yo, entretanto, discurría entre el público espectador del inusitado acto, para recoger alguno de sus ingenuos comentarios. Los había para todos los gustos.

Alguien deslizó en mis oídos la temeraria especie de que «aquellos señores no venían más que a sacarnos los cuartos que los libren de la ya inminente bancarrota» —los más opinaban que la bella Easo, en pleno triunfo estival, era aliciente irresistible de ambulancias internacionales— un grupo de discretos lamentaba que aquellos eminentes pregoneros del pacifismo universal aparecieran excluyendo del Universo a naciones que hasta ayer eran de él gala y ornamento; o del ideal pacificador a quien lleva sobre la tierra el nombre del que entró en ella ofreciendo «la paz a los hombres de buena voluntad»...

Transcurrieron los días siguientes en sendas sesiones, dedicadas a graves problemas, que los señores de la Conferencia trataban y resolvían de ordinario en forma privada, alguna vez abriendo al público las puertas del suntuoso salón de actos.

Pero, a decir verdad, el público asistía a la Conferencia con una curiosidad admirativa de su aparato exterior, contrastando con la absoluta indiferencia que parecía merecerle el árduo cuestionario puesto a discusión.

En cuanto a las instalaciones preparadas por la Corporación provincial guipuzcoana para la Conferencia, los elogios eran unánimes. A ambos lados del salón de sesiones plenarias, regiamente condecorado, se extendían las salas de los señores Delegados y las oficinas de sus respectivos secretariados, dispuestas con tal alarde de riqueza y de buen gusto, y tan perfecta distribución burocrática, que los propios ilustres huéspedes no pudieron menos de manifestar su gratitud y satisfacción en forma harto expresiva.

No faltó, a este propósito, entre los innumerables visitantes que antes y después de la Conferencia tuviera el Palacio Provincial, quien hiciera notar una curiosa circunstancia. La Diputación guipuzcoana, fiel intérprete de los sentimientos de tan religiosa provincia, la consagró, hace no muchos años, al Sagrado Corazón de Jesús, entronizando su efigie en la casa solariega de Guipúzcoa. A mayor abundamiento, en la distribución hecha para la Conferencia internacional, el salón en que se halla la venerada imagen hubo de corresponder al Delegado de España, designado, como es sabido, para la presidencia de aquella. ¡Y ved ahí, lectores amables de VOLUNTAD, esta obra de paz y de progreso un tanto laica y meramente humanitaria, accidentalmente enlazada con el nombre divino del que proclaman las Sagradas Letras «Príncipe de la Paz» y «Padre del Siglo Futuro».

Y como si tan lisonjera coincidencia se hubiera traducido en vínculos de afinidad, no dejó de advertirse y consignarse, por órganos autorizados y en dos solemnes momentos, la de los propósitos de la Asamblea con doctrinas e instituciones cristianas en cuya inspiración habrían de hallar la mayor garantía de éxito, como tuvieron en el pasado el más elocuente precursor. Porque no cabe dudar que, en la escéptica sonrisa con que el público seguía los trabajos de la Conferencia, latía inconsciente la presunción de que hubiera de hallarse ausente de sus ceremoniosas deliberaciones aquel espíritu de fraternal cordialidad que, al decir de los «Hechos de los Apóstoles», hacía de los primeros cristianos «un solo corazón y una sola alma».

Sin que por mi parte rectifique ni ratifique este pesimismo popular, séame permitido subrayar con breve comen-

ario las notas a que me refiero, ya que no fueron en su día debidamente recogidas por la prensa de información.

II

La primera de ellas fué dada por el digno Embajador de España en París, Sr. Quiñones de León, en el discurso que como Presidente de la Conferencia pronunció en la sesión pública de clausura del 5 de Agosto.

Saliendo al encuentro, sin aparentarlo, de los que parecen cifrar sólo en el Extranjero el origen de toda idea grande y fecunda para la historia de la Humanidad, nuestro Embajador no dejó de proclamar que «la idea de la Sociedad de las Naciones cuenta con glorioso abolengo entre las ideas madres que en pasadas centurias constituyeron la sustancia de señaladas doctrinas definidas por insignes publicistas españoles».

Es verdad que de la que ha consagrado la existencia de un «derecho internacional» es «reputado como verdadero definidor» Hugo Grocio, el célebre jurista holandés del siglo XVII. Pero no es menos cierto que tanto este ilustre escritor como los historiadores más autorizados del Derecho Internacional, como Wheaton y Barthelemy, citan entre los fundadores de este derecho a cuatro publicistas españoles pertenecientes al siglo XVI: al dominico Francisco de Vitoria, profesor de la Universidad de Salamanca; al teólogo Domingo Soto, profesor de la misma Universidad; al jesuita Francisco Suárez, profesor de la Universidad de Alcalá, y a Baltasar de Ayala, autor de la famosa obra *De Jure et Officiis belli*.

Y aquí se une al interés nacional el religioso vinculado al hábito de tales que vistieron estos gloriosos precursores de ideas e instituciones por muchos estimadas cual si fueran monopolio del pensamiento independiente y antidogmático. ¿Qué saben ellos de la libertad de espíritu de que disfruta el creyente, bajo su leal homenaje al autorizado yugo de la Revelación?

La especulación jurídica tradicional venía admitiendo la existencia de dos tipos de derecho, el uno *natural*, extensivo a todos los hombres y, por lo mismo, limitado a normas muy generales y abstractas; el otro *civil*, propio de cada nación que lo forja por boca de sus legisladores, o lo encarna en sus costumbres y prácticas colectivas.

Pero Suárez —para no fijarnos más que en uno de los gloriosos nombres citados— encuentra ahí un vacío que llenar. Las relaciones jurídicas comprendidas bajo el rótulo de derecho «natural» y «civil», sirven, desde luego, para regular la vida que pudiéramos llamar de «uso interno» de los ciudadanos de un pueblo: el derecho *natural* dicta lo necesario al hombre como tal; el derecho *civil* precisa las normas peculiares a los miembros de una comunidad política determinada en tiempo y lugar. Ahora bien, supuesta la inevitable división de la Humanidad en varias comunidades políticas, ¿qué pensar de las no menos inevitables relaciones que entre ellas han de establecerse?

Nos lo dice el filósofo granadino en un célebre pasaje de su tratado *De Legibus*, al observar que «aunque cada ciudad perfecta, república o monarquía, sea una verdadera co-

munidad política, con ciudadanos propios, sin embargo, cada una de ellas es también, en cierto modo, miembro de este Universo que comprende el género humano». De este hecho fundamental deduce Suárez que también las naciones o pueblos de la tierra «necesitan de algún derecho, con el cual se dirijan y ordenen rectamente en este género de vida común». Tal es, precisamente, la función del derecho que el ilustre jesuita llama «de gentes» —*jus gentium*— modificando sensiblemente la acepción que esta palabra tuviera entre los juristas romanos.

Ahora bien, ¿cuál es el *organo* autorizado para la definición y ejecución de este «derecho de gentes»?

Suárez reconoce que su finalidad peculiar «puede, en gran parte, lograrse por medio de la razón natural», pero no «con eficacia suficiente y de inmediata aplicación a todos los casos y exigencias de la vida», por lo cual se debe admitir que «las *costumbres* de todas las gentes pudieron introducir el derecho en el universo humano».

¿Quiere esto decir que, en concepto de Suárez, el derecho de gentes, expresión del intercambio de actividades entre las diversas comunidades políticas del mundo, no pueda tener más que una vida y una autoridad *consuetudinarias*?

No parece que el insigne teólogo español haya abordado de frente el tema de una organización política mundial, tal como intenta actualmente realizarla la Liga de las Naciones. Es indudable, no obstante, que la grande idea de la unidad fundamental, no incompatible con la variedad, de la soberanía late en el fondo del pensamiento jurídico suareciano. Si se pregunta en que forma concreta habría de cristalizar, sobre todo en caso de conflicto entre soberanía fragmentaria o con las supremas exigencias del orden moral, solo en la autoridad del Sumo Pontífice parece cifrar Suárez la última reserva y garantía frente a las deficiencias o desviaciones de las autoridades civiles. No hacía, con esto, más que sancionar el régimen tutelar de «Etnarquía», tal como fuera iniciado por la Edad Media Cristiana, hasta que lo frustraron las escisiones y emancipaciones que inauguran la Edad Moderna.

Varios siglos han pasado desde entonces, y a pesar del grado de madurez política a que han llegado los pueblos modernos, continúa vivo y palpitante el magno problema de la coordinación de las soberanías nacionales, en forma que evite o reduzca a la más mínima expresión el pavoroso recurso de la guerra. Más aún; a pesar del progreso del descreimiento religioso, después que la Santa Sede se ha visto privada de su dominio temporal y reducida a su espiritual soberanía, todavía se preguntan los pueblos, incluso los apartados de su cayado pastoral, si no corresponderá a ella un importante y quizás preponderante papel en la empresa por demás dificultosa de organizar pacíficamente la voluntad colectiva del mundo.

Se ha repetido la inquietante pregunta con ocasión de las reuniones hasta ahora celebradas por el Consejo de la Liga de las Naciones, y aún tratado de soslayarla, por parte de elementos más o menos extraños u hostiles a la influencia católica, a vuelta de consideraciones no desprovistas de aparente fundamento.

No hace mucho, leía yo en una información periodística, que en la Conferencia de Roma, anterior a la de San Sebastián, la propuesta hecha por Mr. Balfour de incorporar a la Liga de las Naciones el Consejo y la autoridad del Jefe de la Iglesia católica hubo de ser desestimada..., mirando por los intereses espirituales de la Iglesia misma, que no convenía comprometer en estos menesteres de política humana y terrenal. En una conferencia anterior, si no me engañan mis recuerdos, se había reconocido que la Santa Sede, si bien constituía una *Potencia* internacional, no figuraba entre los *Estados* llamados por ahora a formar parte de una Liga de las Naciones...

Ignoro si las dificultades de la empresa acabarán por curar a nuestros diplomáticos de estas sutilezas y encauzar su actuación por los moldes de la realidad viviente. Pero, entre tanto, no deja de ser digna de atención la segunda de las notas características de la Conferencia de San Sebastián en orden al delicado tema que comentamos.

En el banquete de gala con que el Ayuntamiento de la hermosa Ciudad despidió a sus ilustres huéspedes el día de la clausura, hubo de llamar la atención, destacando por el vivo morado de su ropaje sobre el severo fondo negro de la etiqueta civil, la presencia del Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad, Monseñor Francisco Ragonessi, a la derecha de la presidencia ocupada por el Ministro de Estado del Gobierno español.

Si a alguien pudo extrañar la invitación hecha al dignísimo Prelado, a que honrara con su asistencia el solemne acto, el Alcalde de la Ciudad, D. Pedro Zaragüeta, se encargó de dar la debida explicación cuando, al terminar el elocuente saludo que dirigió a los Delegados de las Naciones de la Liga, no vaciló en hacerlo extensivo al ilustre Representante de Su Santidad el Papa, como la más alta autoridad moral del mundo, «a la cual España se ha hallado

siempre fiel e indisolublemente unida». Palabras que el Ministro de Estado español, Excmo. Sr. Marqués de Lema, hubo de refrendar poco después, invitando a los comensales a brindar por la prosperidad del Sumo Pontífice, juntamente con la de los Jefes de Estado representados en aquella solemne fiesta. La ilustre concurrencia subrayó con repetidos aplausos ambos discursos, mostrando así la complacencia con que acogía sus sentidas manifestaciones.

¿Serán ellas un venturoso presagio de la progresiva infiltración del espíritu cristiano en una institución nacida, al parecer, a impulsos a él extraños, pero que sólo en su inspiración habría de hallar garantías de actuación fecunda y permanente?

Sin pretender hacer de profetas, registremos aquí dos síntomas favorables a esta consoladora esperanza. Por un lado, los universales prestigios de la Santa Sede, traducidos en su cada día más nutrida representación diplomática, al salir el mundo de la terrible prueba de la gran guerra, que tantos valores tradicionales ha quebrantado. Por otro, la solemne declaración de los Jefes de Gobierno del Imperio Británico, proclamando, al poco tiempo de firmada la paz, que «ni la educación, ni la ciencia, ni la diplomacia, ni la prosperidad comercial, fundadas en la opinión de ser la fuerza material el poder decisivo, constituyen bases sólidas para el ordenado desenvolvimiento de la vida mundial» y que «las fuerzas espirituales son, en definitiva, las únicas que permiten esperar el reinado de la paz en el mundo». Ahora bien, el cimiento de estas fuerzas espirituales, según la misma Declaración, se halla constituido por la fe en Dios como Padre de los hombres, eje a su vez de la doctrina cristiana...

JUAN ZARAGÜETA

San Sebastián, Agosto.

